#21

AFGANISTÁN EN GUERRA (1978-2021). EL DESCENSO A LA OSCURIDAD

Miguel Candelas

Ediciones Beers&Politics

Afganistán en guerra (1978-2021). El descenso a la oscuridad

Miguel Candelas

Copyright. 2021. Miguel Candelas

Barcelona. Ediciones Beers&Politics. Junto a Cámara Cívica.

Colección "Sacar del cajón". Número 21

Coordinado por Xavier Peytibi. Portada de Àlex Comes

ISBN: 9798486748479

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN

2. LA GUERRA DE AFGANISTÁN I (1978-1980): DESPOTISMO ILUSTRADO, REVOLUCIÓN DE SAUR E INTRIGAS EN EL PALACIO ROJO DE KABUL

3. LA GUERRA DE AFGANISTÁN II (1980-1989): FUNDAMENTALISMO ISLÁMICO, FINANCIACIÓN DE LA CIA E INTERVENCIÓN SOVIÉTICA

4. LA GUERRA DE AFGANISTÁN III (1989-2001): COLAPSO COMUNISTA, SEÑORES DE LA GUERRA Y DESCENSO A LA OSCURIDAD

5. LA GUERRA DE AFGANISTÁN IV (2001-2021): ATENTADOS DEL 11-S, INVASIÓN

BIBLIOGRAFÍA

1

INTRODUCCIÓN

Desde hace varias semanas, Afganistán se ha convertido en el principal foco mediático a nivel internacional. Sin embargo, este remoto país de Asia Central, calificado como "tumba de imperios" a lo largo de la historia, lleva en realidad más de cuatro décadas en guerra, una guerra civil e internacionalizada al mismo tiempo, causada por una multiplicidad de factores étnicos, ideológicos, religiosos y geopolíticos, sin el análisis de la cual es imposible digerir reflexivamente el bombardeo constante de noticias que tanto los medios de comunicación tradicionales como las redes sociales nos están lanzando.

Esta breve tetralogía sobre la historia de la guerra de Afganistán, publicada inicialmente en capítulos en Cámara cívica, y publicada ahora desde Beers&Politics en formato libro, tiene por objetivo plantear una visión panorámica y didáctica en la "longue durée" que nos ayude a comprender como el impacto de esta permanente contienda, a lo largo de sus diferentes etapas, ha transformado radicalmente el país, creando dinámicas tanto de continuidad tradicionalista en el sistema tribal afgano como de cambio modernizador y desestabilizador a raíz de las intervenciones extranjeras. Una historia apasionante y a la vez despiadada, repleta de intrigas políticas, intereses geopolíticos, idealismo revolucionario, fundamentalismo islámico, señores de la guerra y crímenes contra la humanidad.

2

LA GUERRA DE AFGANISTÁN I (1978-1980): DESPOTISMO ILUSTRADO, REVOLUCIÓN DE SAUR E INTRIGAS EN EL PALACIO ROJO DE KABUL

En este primer capítulo, abordaremos los antecedentes históricos que desembocan en la Revolución de Saur, la llegada del régimen de izquierdas al poder, el programa radical progresista del presidente Taraki, el surgimiento de la insurgencia islamista de los combatientes muyahidín, las conexiones internacionales y las conjuras palaciegas dentro del gobierno comunista afgano.

I – Aproximación al campo de batalla (Geografía de Afganistán)

Afganistán es un país árido, montañoso y sin salida al mar, situado geográficamente entre el río Amu Darya y las montañas del Hindu Kush. Limita al sur y al sureste con Pakistán, al oeste con Irán, al norte con Turkmenistán, Tayikistán y Uzbekistán y al noreste incluso con China, a través del angosto corredor de Wakhan. El territorio es mayoritariamente semi-desértico, y solamente hay valles fértiles en las zonas tayikas y uzbekas del Norte.

El islam es la religión hegemónica del país, profesada por más del 99% de la población (divididos a su vez en una mayoría sunní del 82% y una minoría chií del 18%), aunque existe una presencia testimonial de sijs e hinduistas, reliquias históricas que

demuestran como Afganistán ha sido una ruta comercial y zona estratégica para todo tipo de pueblos, imperios, culturas y civilizaciones.

El país tiene una diversidad étnica casi próxima a la atomización, formando un crisol de culturas entre las que destacan los pashtunes (la etnia mayoritaria), seguidos de tayikos, uzbekos, hazaras, baluchis, aimaks y nuristaníes. Mientras que los pashtunes y baluchis son etnias iranias orientales, los tayikos y hazaras están emparentados con la esfera persa más clásica. Asimismo, los uzbekos están asociados al mundo túrquico y mongol, y finalmente, los nuristaníes comprenden una curiosa etnia indoeuropea ancestral, tan diferente al resto que tienen rasgos genéticos exóticos para la región como el cabello rubio o los ojos azules, además de haber profesado hasta hace pocas décadas cultos paganos pre-islámicos. Este enorme abanico étnico obviamente también se ve extrapolado al ámbito lingüístico, destacándose el idioma pashtún (hablado, como es lógico, principalmente por la etnia pashtún) y el dari (dialecto del farsi, y por lo tanto, hablado por la esfera más vinculada al mundo persa), los dos idiomas oficiales de Afganistán.

Finalmente, debido a su accidentada orografía, a su superficie semi-desértica y a su escasez de recursos (más allá de algunas pequeñas reservas de gas natural, piedras preciosas y tierras raras), Afganistán es un país pobre y con una economía muy poco desarrollada. La agricultura de baja intensidad constituye la principal ocupación económica del país (a excepción de los núcleos urbanos donde paulatinamente se ha ido desarrollando una pequeña burguesía) y la inmensa mayoría de la población sobrevive cultivando trigo, arroz, frutos secos, y sobre todo, amapola adormidera (planta de dónde se obtiene el opio, lo que le ha convertido en el principal productor mundial de dicho destructivo narcótico). Paralelamente, también existe una ganadería dedicada a la cría de camellos y otros animales domesticables, y en el terreno de la artesanía, nos encontramos

con un pequeña sector textil que confecciona alfombras y bordados.

En resumen, esta combinación de factores geográficos, ideológico-religiosos y económicos, hacen que la sociedad afgana tenga un carácter esencialmente feudal y tribal, con un mundo rural que aún vive próximo a la Edad Media y un pequeño mundo urbano que sin embargo trata de modernizarse. De hecho, como veremos, esta tensión entre el conservadurismo y la modernidad será uno de los vectores principales del conflicto civil afgano, avivado también por la división étnica y los intereses extranjeros.

II – Antecedentes históricos, el Gran Juego y el despotismo ilustrado (Orígenes-1978)

Desde tiempos ancestrales, Afganistán ha constituido una ruta de paso y una zona estratégica clave para diferentes imperios, aunque paradójicamente, periférica siempre respecto a los centros de poder, lo que a la postre también ha contribuido a su pobreza y ostracismo. Alejandro Magno fue el primer occidental que la atravesó al conquistar el Imperio Persa, logrando que la cultura griega prendiese durante algún tiempo en el país, sincretizada con los cultos orientales a través del helenismo. Posteriormente, el budismo también hizo su irrupción en el este del país a través de la expansión india del emperador Ashoka, y ya a mediados del primer milenio, el imperio sasánida recuperó la hegemonía persa en la zona y reimplantó el zoroastrismo como religión.

Unos siglos más tarde, llegará finalmente el islam, la religión mayoritaria en el país desde entonces. A lo largo de diferentes dinastías árabes, mogoles y persas (que siempre tuvieron complicaciones, en mayor o menor grado, para consolidar su ocupación en dicho territorio periférico), la religión de la media luna se convertirá en hegemónica y será el factor ideológico que otorgue una cierta unidad al atomizado mosaico cultural afgano.

Durante la doble decadencia de los mogoles de la India y de

los safawies de Persia, las siempre rebeldes tribus afganas aprovecharon la ocasión para consolidar su independencia. Ahmad Khan se proclamó emir de Afganistán (se le considera el padre de la patria) y fundó la dinastía durrani, la primera dinastía propiamente afgana (los durrani desde entonces se convertirán en la élite pashtún, en contraste con los pashtún ghizlai, vinculados más al mundo rural). Diversas dinastías la sucedieron, y en el siglo XIX, Afganistán se convirtió en un Estado-tapón entre el Imperio Británico y el Imperio Ruso. Entonces, comenzó a desarrollarse el conocido como "Gran Juego de Asia Central", es decir, la lucha ajedrecística de británicos y rusos por el control de dicha estratégica región. en una partida que llevó al establecimiento de la denominada "Linea Durand" en 1893. Quedaba así marcaba la frontera entre la India colonial británica y el por aquel entonces semi-clientelar Estado afgano, una firma que el emir Abdul Tahman Kahn se vio forzado a firmar, con la consecuencia de que dicha línea artificial dividió a los pashtunes (la etnia mayoritaria) entre el territorio afgano y el territorio indio, el cual posteriormente se convertiría en Pakistán tras la independencia y partición de la India, lo que desde entonces marcará la enemistad regional entre Afganistán y Pakistán, que aún a día de hoy mantienen este conflicto fronterizo latente (Pashtunistán), ya que Afganistán no reconoce las fronteras impuestas por la Línea Durand.

En el marco de dicho imperialismo decimonónico, fueron desarrollándose diferentes guerras anglo-afganas en las que los británicos ocupaban rápidamente el territorio desde la India, solo para acabar atrapados inmediatamente después en una terrible guerra de guerrillas que paulatinamente diezmaba sus guarniciones y de la que finalmente tenían que salir huyendo y en pésimas condiciones. Una de dichas masacres acabó en la huida despavorida del regimiento británico de Kabul hacia Jalalabad en 1842, en una odisea a través del Hindu Kush y del ataque de bandidos y guerrilleros de la cual solamente pudo escapar con vida un miembro, el doctor William Brydon. Tras

décadas de invasiones, gobernantes títeres, rebeliones y nuevas invasiones, los afganos finalmente obtuvieron su independencia en 1921.

A partir de entonces, se instauró una monarquía afgana modernizadora (que podríamos denominar como "despotismo ilustrado"), perteneciente nuevamente a la etnia de los pashtun durrani, y que a través de sucesivos reyes trató de consolidar a Afganistán como Estado independiente, modernizando tímidamente sus estructuras feudales y comenzando a fomentar la educación en las ciudades, política que por ejemplo llevó a la creación de la Universidad de Kabul, de la que hablaremos más adelante. Ello provocó que en el ámbito urbano, por primera vez, comenzase a germinar una pequeña burguesía comercial, ilustrada y laica, en contraste con el resto de la población rural y analfabeta afgana, que seguía anclada en un modo de vida feudal en el que los terratenientes (khanes) y los líderes religiosos (mullahs) dominaban todos los aspectos sociales, en una vida que debía estar regida por la sharia (la ley islámica) y las costumbres tribales.

Dentro de este despotismo ilustrado que solamente llegaba timidamente a las ciudades, destacó el último de dichos monarcas afganos, Muhammad Zahir Shah, un rey afrancesado que fue el verdadero artífice de dicha modernización. Logró que Afganistán entrase en la Sociedad de Naciones (y posteriormente en la ONU), abrió el país a la cultura extranjera, y paralelamente, ni se dejó arrastrar a la II Guerra Mundial ni al conflicto con Pakistán por el Pashtunistán. Ya estabilizadas sus fronteras y asentado el estatus diplomático de Afganistán en el seno de la comunidad internacional, en 1964 hizo aprobar una constitución pseudo-democrática que por primera vez creaba un parlamento y permitía los partidos políticos, además de otorgar ciertos derechos a las mujeres como el permiso a no llevar velo o a acudir a la universidad. Todas estas medidas modernizadoras se beneficiaron además de la ayuda exterior, tanto estadounidense como soviética, ya que Zahir Shah supo

aprovechar inteligentemente la situación geopolítica de Afganistán como Estado-tapón en el contexto de la Guerra Fría, lo cual le permitía mantener un equilibrio entre ambas superpotencias (EEUU y la URSS). De ese modo, la moda occidental comenzó a penetrar en las ciudades (por ejemplo, muchos jóvenes occidentales pertenecientes a la subcultura hippie fueron a Kabul desde la India, introduciendo modos de vida pop en la capital), y al mismo tiempo, los jóvenes militares del nuevo ejército profesional eran enviados a las academias militares soviéticas, lo que (paradójicamente a lo que podría parecer en la visión de un español) convirtió al ejército en uno de los sectores sociales más progresistas de la sociedad afgana, junto a los intelectuales urbanos que se estaban formando en la recién creada Universidad de Kabul.

Dicha Universidad de Kabul había sido creada en 1931, durante el reinado de Muhammad Nadir Shah, el padre y antecesor de Zahir Shah, y gracias a los acuerdos con la URSS, Estados Unidos, Francia y Alemania alcanzó rápidamente la excelencia académica y se convirtió en uno de los mejores centros de educación de toda Asia Central. Es importante destacarlo, ya que fue en dicha universidad donde se pudo formar el grueso de la intelectualidad afgana, tanto izquierdista como islamista, que unas décadas más tarde protagonizaría los cambios revolucionarios y contrarrevolucionarios del país. La facultad de letras, controlada por los izquierdistas y comunistas, y la facultad de teología, controlada por los islamistas, protagonizarían una rivalidad ideológica y estudiantil encarnizada que se saldaría con decenas de muertos y que, a la postre, se extendería al conjunto del país. En efecto, la constitución y el pluripartidismo tuvieron un efecto secundario no deseado, y fue el que la política afgana terminase polarizándose hacia dos extremos: de un lado, el Partido Democrático Popular de Afganistán (de ideología izquierdista y comunista) y del otro, "Jamiat-e-Islami" (de ideología conservadora e islamista).

III – La Revolución de Saur y el gobierno izquierdista de Taraki (1978-1979)

El Partido Democrático Popular de Afganistán (PDPA) estaba en claro ascenso, con más de 50.000 militantes. Muchos militares del ejército eran comunistas, así como gran parte de la intelectualidad de Kabul. No obstante, dicho partido (como todo movimiento de izquierdas) estaba dividido en dos tendencias enfrentadas: La "Khalq" o pueblo (facción radical y revolucionaria, dirigida por el poeta Noor Muhammad Taraki y el profesor Hafizullah Amin, ambos de la etnia pashtún ghizlai) y la "Parcham" o bandera (facción moderada y reformista, dirigida por el abogado Babrak Karmal, medio tayiko medio pashtún ghizlai). En el otro extremo del campo ideológico, a la islamista "Jamiat-e-Islami", liderada por el tayiko Burhanuddin Rabbani y un joven igualmente tayiko llamado Ahmed Shah Massoud, le había salido una competidora aún más radical y que apostaba por el terrorismo, "Hezbi Islami", organización clandestina dirigida por el pashtún fundamentalista Gulbuddin Hekmatyar, un estudiante de ingeniería y militar afgano que había asesinado a un compañero de clase comunista en la Universidad de Kabul. Quedaos con todos estos nombres, tanto izquierdistas (Taraki, Amin, Karmal) como islamistas (Rabbani, Massoud, Hekmatyar), porque estarán destinados a convertirse en protagonistas de los sucesivos acontecimientos.

En 1973, Muhammad Daud, un primo del rey que había sido recientemente apartado del gobierno debido a sus diferencias políticas con Zahir Shah, organiza un golpe de Estado y derroca al monarca, pero en lugar de proclamarse rey él mismo (como era costumbre entre sus antecesores), instaura la república y se convierte en presidente. Al principio Daud coopera con la facción moderada del PDPA (Parcham) y sigue una línea progresista destinada a eliminar la influencia de los islamistas, pero después decide perseguir también a sus socios izquierdistas y llevar a cabo una política más dictatorial y unipersonal, con lo que termina ganándose la enemistad de ambos polos del

espectro político. Mientras, en la esfera internacional prosigue la política de equilibrio entre las dos superpotencias de su antecesor, llegando a pronunciar la famosa frase "me siento muy feliz cuando puedo encender mis cigarrillos americanos con cerillas soviéticas".

De repente, todo cambia el 17 de abril de 1978. El histórico dirigente comunista Mir Akbar Kaibar (un personaje público muy apreciado en Kabul) es asesinado por agentes del presidente en la prisión de Pul-i-Charkhi de la capital. Al día siguiente, se produce una multitudinaria manifestación en Kabul en señal de protesta por el crimen de Estado, y el régimen de Daud reacciona encarcelando a toda la cúpula del PDPA, entre ellos Taraki y Karmal. Sin embargo, Amin solo es puesto bajo arresto domiciliario, lo que le da tiempo a contactar con los oficiales comunistas del ejército (como ya dijimos, la presencia del partido en el seno del ejército era muy importante debido a la estancia de sus oficiales en la URSS), ordenándoles iniciar un golpe de Estado para tomar el poder.

De este modo, en la noche del 27 al 28 de abril, los militares sublevados y las milicias populares izquierdistas asedian el palacio presidencial, y con la ayuda de la fuerza aérea, derrotan a la guardia presidencial. El presidente Daud es capturado y ejecutado junto al resto de la antigua realeza. El ejército entonces, le entrega el poder al PDPA, todos los presos comunistas son liberados, incluidos Karmal y Taraki, y este último se convierte en presidente del nuevo régimen de izquierdas, la República Democrática de Afganistán (RDA). Ha nacido la Revolución de Saur (llamada así en honor al mes de abril en el calendario persa), una revolución desde arriba, organizada por una élite intelectual y ejecutada por una facción progresista del ejército (nuevamente, despotismo ilustrado).

A la URSS este golpe de Estado le ha pillado por sorpresa y lo observa con una cierta inquietud, puesto que la diplomacia soviética ya tenía excelentes relaciones con la monarquía de Zahir Shah y con la república de Daud, por lo que teme que

dicho régimen inquiete a Estados Unidos y les lleve a realizar algún tipo de ofensiva geopolítica (temores que resultarán ser ciertos a los pocos meses). Sin embargo, la política del premier soviético Leonid Breznhev es la de establecer lazos de cooperación con cualquier país en donde se haya producido una revolución de izquierdas, por lo que enseguida procede a enviar a cientos de asesores a Afganistán para promover el socialismo.

El nuevo régimen de izquierdas afgano, dominado por la facción radical del partido "Khalq", comienza a gobernar y a transformar Afganistán por decreto. En el mes de mayo del mismo 1978 elaboran una constitución provisional denominada "Proclamación de deberes revolucionarios", en dónde establecen medidas tan radicales y progresistas como la reforma agraria, el salario mínimo, la legalización de sindicatos, un impuesto especial para las rentas altas, la entrega de tierras de la realeza a los campesinos, la reducción del precio de los productos de primera necesidad o la prohibición del cultivo del opio. Particularmente revolucionarias, dado el tipo de sociedad islámica y feudal de la que hablamos, son el establecimiento de la igualdad jurídica entre hombres y mujeres, la eliminación de los privilegios patriarcales del esposo con respecto a la esposa, la supresión de la dote, la ilegalización de los matrimonios de niñas, el fomento de la educación para las chicas (a las que se incluye en clases mixtas junto a los hombres, tanto en la escuela como en la universidad) y la promoción de mujeres a la vida política, llegando a haber diputadas en el parlamento e incluso alguna ministra. Igualmente sorprendentes son también las medidas en materia religiosa, ya que incluyen la declaración de Afganistán como un Estado aconfesional, la libertad de cultos y la eliminación de privilegios del clero islámico, medidas que se ven ejemplificadas en que el propio presidente Taraki sea un declarado ateo. Y tal vez, es incluso más curioso, que estas reformas igualitarias y laicas se produjeran en Afganistán incluso unos meses antes que en España.

Propagandísticamente, el régimen de izquierdas, bajo la

batuta de Taraki, cambia la bandera del país por la bandera roja comunista, crea un nuevo himno que elimina toda referencia al Islam y que incluso sustituye a Allah por la deidad pagana del Sol (compuesto por el también poeta y ministro de radio y televisión, Sulayman Laiq) y organiza multitudinarios desfiles militares y civiles en donde los militares portan uniformes de estilo soviético y grandes mostachos y las mujeres aparecen vestidas al modo occidental y sin ningún tipo de velo. Las imágenes de chicas en minifalda, con los cabellos al viento, en la universidad o en las fábricas resultan revolucionarias, captadas por las cámaras soviéticas para el resto del mundo con un objetivo obviamente propagandístico, pero aunque se trata de imágenes reales, representan en realidad solamente a un pequeño porcentaje de la población afgana: esa minoría urbana, laica y con ciertos estudios.

IV – La contrarrevolución islamista y el juego de tronos comunista (1979-1980)

En las zonas rurales, donde vive la inmensa mayoría de la población afgana, las ambiciosas reformas del régimen de izquierdas son vistas en el mejor de los casos con absoluta indiferencia, y en el peor, como una amenaza para el sistema feudal, la religión musulmana y el liderazgo de los líderes tribales y religiosos. A las pocas semanas, desde los minaretes de las mezquitas se empieza a acusar al régimen de "kafir" (infiel), llamando a formar batallanes de "muyahidín" (guerreros de Allah) que combatan a los ateos comunistas. El fundamentalismo islámico ha ido creciendo en los últimos años a una velocidad vertiginosa, planeando el combate contra los regímenes laicos de Oriente Medio (kemalismo en la Turquía de Atatürk, panarabismo en el Egipto de Nasser, baazismo en la Siria de Al-Asad y en el Irak de Sadam Hussein, laicismo persa en el Irán del Sha Ra Palhevi), a los que definen como "yahiliyya" (gobierno politeísta como el de los paganos de La Meca que destruyó el propio profeta Mahoma). Ahora, en

Afganistán, bajo su perspectiva, tienen a un gobierno "yahiliyya" aún más demoniaco e infiel que todos los anteriores: el marxismo ateo de los comunistas del PDPA. La yihad ha comenzado, y aunque aún necesita de financiación externa (pronto la encontrará), la hegemonía ideológica y el antagonismo del enemigo han creado el caldo de cultivo perfecto para que prenda la mecha de la contrarrevolución.

Estas incendiarias llamadas a la yihad tendrán sus consecuencias en el país inmediatamente, cuando a comienzos de 1979 comienzan a producirse atentados contra militantes de izquierdas y mujeres que no llevan velo, así como incendios de escuelas y sedes del PDPA. El gobieno comunista, cuyo hombre fuerte es el primer ministro Hafizullah Amin, mano derecha de Taraki, reacciona iniciando una campaña de represión que encarcela y ejecuta a miles de personas vinculadas al mundo islamista. La facción moderada del partido "Parcham" trata de frenar los excesos de Amin, pero éste responde enviando a su líder Karmal al exilio (como embajador en Checoslovaquia) e inmeditamente después persiguiendo, encarcelando y ejecutando también a sus partidarios, ahora descabezados. La unidad del partido se hace añicos y el régimen pronto se encuentra combatiendo tanto a los opositores islamistas como a sus propios camaradas comunistas moderados e iniciando una purga política de una intensidad que los afganos no habían conocido hasta entonces.

Por si fuera poco, los temores soviéticos eran ciertos, y en la Casa Blanca se pone en marcha la "Operación Ciclón", ideada por Zbigniew Brzezinski, consejero de seguridad nacional del presidente Jimmy Carter y reputado analista geopolítico. Washington ve como una amenaza al régimen de izquierdas de Kabul, ya que podría catapultar la expansión soviética hacia el Océano Índico y el Golfo Pérsico (nuevamente, el Gran Juego), por lo que ve en la resistencia de los terroristas muyahidín la oportunidad perfecta para intentar provocar el colapso del gobierno de Taraki, y quien sabe si incluso, tenderle una trampa

a la URSS y hacer que el Kremlin muerda el anzuelo (lo morderá).

Por aquel entonces en Moscú aún no están preocupados. De hecho, en diciembre de 1978 se había firmado el "Tratado de Amistad, Buena Vecindad y Cooperación entre la URSS y la República Democrática de Afganistán", por el que la URSS comienza a suministrar material y armamento al gobierno de izquierdas, al tiempo que incrementa el número de asesores soviéticos en suelo afgano y se compromete a defender militarmente al pequeño país de Asia Central, si éste fuese atacado. Sin embargo, poco a poco llegan informaciones al Kremlin sobre las purgas de Amin y la resistencia muyahidín, lo que comienza a generar preocupación en el seno del presidium (el nombre oficial del antiguo politburó a partir de 1953). Y dicha preocupación aumentará exponencialmente cuando, a comienzos de 1979, en la ciudad de Herat (al oeste del país) el ya mencionado líder terrorista islamista Ismail Khan, todavía oficialmente militar leal al gobierno, decide finalmente quitarse la máscara sublevando a la guarnición de la ciudad, repartiendo armas a los muyahidín e irrumpiendo en la sede del gobernador comunista, donde la fanatizada turba masacra a todos los comunistas y a cualquier persona que no vistiera tropas tradicionales afganas en ese momento, matanza en la cual son asesinados también todos los consejeros soviéticos y sus familias. Posteriormente sus cabezas son clavadas en picas y desfiladas por el centro de la ciudad rebelde. Ante esto, el gobierno de Taraki y Amin, utilizando el armamento militar que le proporciona la URSS, bombardea la ciudad, la reconquista y realiza la respectiva matanza gubernamental a modo de venganza. Definitivamente, ha estallado la guerra civil afgana.

El Kremlin entonces, que ya sospecha que detrás de la rebelión islamista se encuentra la mano de la CÍA, empieza a tomarse muy en serio la crisis y el dossier afgano comienza a escalar posiciones en la agenda del presidium. Sus diplomáticos tratan de razonar con Taraki y Amin, instándoles a ralentizar las

reformas, detener la represión y tratar de ampliar la base social del régimen forjando pactos con líderes locales moderados. Taraki parece dispuesto a ello pero no así Amin, decidido a proseguir con la campaña de terror e intensificación de las reformas radicales, por lo que los soviéticos comienzan a recelar seriamente de él. Paralelamente, en el interior del país la resistencia de los fundamentalistas islámicos se va extendiendo, ya que cada semana desertan cientos de militares del ejército comunista afgano para pasarse a las filas rebeldes, siguiendo el ejemplo inspirador de Ismail Khan.

Sin embargo, el golpe más inesperado de este drama político va a tener lugar en Kabul, el centro del poder comunista, en dónde la amistad de Taraki y Amin, los dos leales camaradas que co-dirigen el país (las cámaras extrajeras les muestran bromeando, riendo y abrazándose mientras el segundo le entrega simbólicamente al primero el nuevo pasaporte oficial de la República Democrática, con el que el presidente Taraki se dispone a viajar al extranjero). Y es que, en el verano de 1979 va a tener lugar la solemne cumbre de los Países No Alineados en La Habana, a la que ha sido invitado el presidente Taraki, y dónde al llegar, se entrevista con Fidel Castro. A su regreso, el líder afgano hace escala en Moscú y despacha con Brezhnev, el cual de repente le informa de que Amin ha aprovechado su ausencia para purgar a los oficiales del ejército más próximos a Taraki. El Kremlin entonces acuerda con Taraki la fulminante destitución de Amin, pero éste último descubre los planes al controlar el KHAD (la policía secreta comunista afgana), y cuando el presidente Taraki regresa a Kabul para tomar el control de la situación, es detenido y asesinado (ahogado con una almohada) por orden de Amin, según los testigos el 15 de septiembre.

Entonces Amin se hace con el poder absoluto, y entre septiembre y diciembre de 1979 encarcela y ejecuta a todos los partidarios de Taraki, intensificando aún más su campaña de terror y la aceleración de su programa revolucionario, ahora ya

contra todo y contra todos en una especie de huida hacia adelante. El colapso del régimen de izquierdas es inminente, la resistencia está ya cerca de Kabul, y en el interior de la ciudad la propia población que aún apoya la revolución aborrece la crueldad de Amin, por lo que el Kremlin llega a la conclusión de que dicha inmolación solo puede significar que Amin es en realidad un agente de la CIA. Aunque es cierto que Amin, una vez se ha deshecho de su antiguo camarada Taraki, comienza a establecer vínculos más ventajosos con Washington para buscar un contrapeso geopolítico al darse cuenta de que los soviéticos intentaron defenestrarle, la única motivación real de Amin es mantenerse en el poder a cualquier precio, y para ello, no duda en ejecutar a todas aquellas personas sospechosas de no apoyarle, desde clérigos musulmanes a izquierdistas críticos de su propio partido.

Pero el Consejo Revolucionario del PDPA aún es leal al difunto presidente Taraki, y tras descubrir los coqueteos del presidente Amin con los estadounidenses y observar como su deriva genocida va a llevar al inevitable colapso del régimen, inmediatamente procede a informar de forma secreta a Moscú y a solicitar su ayuda. Al llegar el asunto a la mesa de Breznhev, este acuerda una reunión nocturna y de extrema urgencia del presidium, y concretamente, de su círculo de confianza: Yuri Andropov (ministro del KGB), Andrei Gromiko (ministro de asuntos exteriores) y el mariscal Dimitri Ustinov (ministro de defensa). Desde el inicio de la insurgencia muyahidín, el gobierno afgano de Taraki había solicitado sistemáticamente a la URSS el envío de tropas soviéticas para hacer frente a los muyahidín, pero Brezhnev se había negado una y otra vez, siguiendo el consejo de diversos altos oficiales que le alertaban de las dificultades de actuar militarmente sobre un escenario tan complejo geográficamente y étnicamente como el afgano. Ahora sin embargo, la situación ha degenerado tanto que se hace necesario estabilizar el régimen afgano con urgencia para evitar su caída en manos de los muyahidín, algo que podría ocurrir en

cualquier momento si la población de Kabul decide sublevarse contra el cruel y díscolo Amin. Tras horas de debate, el Kremlin toma finalmente una decisión afirmativa y accede a la petición afgana: en la noche del 27 de diciembre, las tropas soviéticas cruzarán el río Amu Darya (frontera entre Afganistán y la República soviética de Tayikistán) y se internarán en el país para acabar con Amin y estabilizar la revolución.

No obstante, para facilitar la tarea de las tropas soviéticas que van a internarse en Afganistán y evitar que el régimen de izquierdas colapse antes de que lleguen a Kabul, en la noche anterior a la fecha señalada el KGB intenta deshacerse de Amin por otros medios más sutiles, es decir, envenenándolo. De esta manera, el propio PDPA podría controlar la situación antes de la llegada de los soviéticos, evitándoles así la acusación internacional de invasión militar para deponer a un líder conflictivo. Desde luego, para el experto servicio secreto de la URSS no era nada difícil acceder al presidente afgano, ya que por aquel entonces el KGB estaba infiltradísimo en el gobierno afgano a través de los cientos de asesores soviéticos que había en el país. Sin embargo, sucede nuevamente un inesperado giro argumental en este particular "juego de tronos" comunista, ya que justo tras ingerir el letal veneno, Amin decide acompañar la comida con una Coca Cola, cuya reacción química precisamente anula el efecto de la ponzoña, salvándole la vida in-extremis. Y es que en la URSS aún no se conocía mucho esta popular bebida estadounidense, por lo que los investigadores soviéticos no se habían detenido a analizar el posible efecto antídoto que la Coca Cola podía generar sobre determinados venenos. Amin se había salvado del atentado, al menos de momento.

Ahora ya sí que la única opción de la URSS era asaltar el palacio presidencial por la fuerza para acabar físicamente con Amin, y para ello, el Kremlin le confío la delicada misión a sus tropas de élite, los "Spetsnaz". ¿Llegarán a tiempo antes de que el régimen de izquierdas afgano colapse definitivamente? ¿Y cómo reaccionará Estados Unidos, que lleva ya meses

financiando en secreto la guerrilla de los fundamentalistas islámicos? Lo sabremos en el siguiente capítulo.

3

LA GUERRA DE AFGANISTÁN II (1980-1989): FUNDAMENTALISMO ISLÁMICO, FINANCIACIÓN DE LA CIA E INTERVENCIÓN SOVIÉTICA

En esta segunda entrega, nos ocuparemos de la intervención soviética en Afganistán, la profundización en la ayuda estadounidense a los muyahidín (ya abierta y pública), el intento de estabilización del régimen comunista afgano y el fracaso militar estrepitoso de las tropas de la URSS, que desembocará en su definitiva retirada.

I – La intervención soviética y el gobierno satélite de Karmal (1980-1981)

La "Operación Tormenta-333" es el nombre en clave dado a la intervención soviética en Afganistán, que busca anticiparse al colapso de la República Democrática de Afganistán en manos de Hafizullah Amin, el cual se había convertido en líder supremo hacía tres meses tras asesinar al presidente Noor Muhammad Taraki, y cuya política radical y represiva desde entonces ha propiciado como reacción que los muyahidín se encuentren a punto de tomar el poder ante la creciente impopularidad del régimen. Tan solo unos minutos antes de que se produzca una revuelta interna en la ciudad que iba a abrir las puertas a la guerrilla islamista, las tropas "Spetsnaz" irrumpen en el palacio Tajbeg (el lugar donde se encuentra el líder díscolo), y tras un intenso tiroteo con la guardia presidencial,

abaten al presidente Amin. Inmediatamente, ocupan los principales centros neurálgicos de Kabul y devuelven el poder al Consejo Revolucionario del PDPA.

Éste, tutelado por los soviéticos a partir de ahora, propone la sustitución de Amin por un dirigente menos radical, es decir, de la hasta entonces perseguida facción "Parcham". Entonces, llega el momento para su líder Babrak Karmal, que como recordaremos había sido enviado al exilio por el régimen de Taraki y Amin antes de que este último iniciase la purga de su facción. Ahora Karmal, antiguo viceprimer ministro de Taraki, retorna desde Moscú para hacerse cargo de la situación y tratar de estabilizar el régimen. Los soviéticos le apadrinan, pero le exigen que amplíe la base social del debilitado régimen y que gradúe los tiempos de las reformas para evitar los excesivos radicalismos precedentes.

Karmal se pone manos a la obra y elabora una nueva constitución para el país a comienzos de 1980, denominada "Principios Fundamentales de la República Democrática de Afganistán". En dicha carta magna se mantienen los elementos progresistas de la constitución provisional y decretos gubernamentales de Taraki, tales como la aconfesionalidad, la libertad de las mujeres y los derechos sindicales, pero se moderan algunas cuestiones sensibles como la relación con el clero islámico, promulgándose el apoyo y la financiación del ejecutivo a los clérigos moderados que colaboren con el régimen de izquierdas. Igualmente, se garantiza la propiedad privada en combinación con la pública y la cooperativa, fundándose la Cámara de Comercio de Afganistán con el objetivo de no perder el apoyo de la pequeña burguesía urbana y laica, uno de los pilares fundamentales del régimen, y en ningún caso se hace alusión explícita al marxismo. Igualmente, se garantizan las libertades individuales (al menos en teoría), aunque al mismo tiempo, se mantenía el régimen de partido único y el control estatal de los recursos estratégicos del país.

Comunicativamente, el régimen sustituye la bandera roja de

la facción radical "Khalq" por una bandera más tradicional (negra, roja y verde), aunque incorporando la estrella roja comunista y la luz de la razón, inspirándose un poco en la insignia de la República Democrática Alemana (un país hermano por entonces). El escudo trata de jugar con la ambigüedad de un libro, el cual podría simbolizar tanto el Corán, como el Manifiesto Comunista o el conocimiento en general, dependiendo de la interpretación que cada uno haga del mismo. A nivel diplomático e internacional, realiza viajes a Checoslovaquia y a otros países del Pacto de Varsovia y del Movimiento de los No Alineados para fortalecer los lazos diplomáticos e instar a otros Estados a que apoyen el régimen comunista afgano y luchen contra los fundamentalistas islámicos "muyahidín", llegando incluso a obtener buenos acuerdos comerciales con India y Japón. Sin embargo, fracasa estrepitosamente en Occidente, puesto que su gobierno es acusado de mero "títere soviético", lo que lleva a que no obtenga el reconocimiento internacional por parte de la mayoría de Estados del bloque capitalista (como sí había sucedido con el gobierno de Taraki tras la revolución de Saur). Se produce una condena internacional de la "invasión" de la URSS, y el discurso político es tan convincente, que incluso algunos partidos comunistas europeos se unen a la condena de la intervención (como fue el caso del PCE español). En su defensa, la URSS argumenta que únicamente está cumpliendo su parte del Tratado de amistad afgano-soviético de 1978 y que su objetivo tan solo es estabilizar el país y combatir al terrorismo islámico.

Además, a pesar de los esfuerzos de Karmal a nivel interno e internacional y del despliegue militar soviético a lo largo y ancho del país, dichas medidas no servirán de nada para apaciguar a su pueblo. El sentimiento independiente afgano, común a lo largo de toda su historia como hemos visto, surgirá instantáneamente según van desplegándose las tropas soviéticas por todas las provincias del país, provocando que grandes capas de la población afgana comiencen a apoyar a los muyahidín. No

obstante, el régimen de izquierdas sigue conservando el apoyo de la burguesía laica, de los intelectuales, del ejército y de los sectores progresistas (especialmente las mujeres de las ciudades, por motivos obviamente lógicos). La guerra civil afgana está así condenada a recrudecerse.

En el terreno militar, al principio el contingente soviético es limitado, ya que su objetivo es garantizar la defensa y la seguridad de las capitales afganas, dejando así vía libre al ejército afgano para que ejecute las operaciones militares contra los muyahidín en las zonas rurales, debido a su teóricamente mejor conocimiento de las particularidades geográficas y étnicas de cada región. Sin embargo, la corrupción, ineficacia y deserción en el poco profesional ejército afgano, obligará muy pronto a los soviéticos a sustituirles en el campo de batalla, y por consiguiente, a ampliar exponencialmente el número de efectivos desplegados en su país satélite, hasta llegar a los 200.000 soldados, pertrechados con gran parte del potencial armamentístico de la superpotencia.

II – Fundamentalismo islámico, guerrilla muyahidín y financiación de la CIA (1981-1987)

Como ya vimos en la anterior entrega, Estados Unidos llevaba financiando en secreto a los muyahidín desde comienzos del año 1979, tras la aprobación de la "Operación Ciclón" por parte de la administración demócrata de Jimmy Carter, en una estrategia que había ideado su consejero de seguridad Zbigniew Brzezinski y por la cual se dotaba de armamento y equipo de comunicaciones a los rebeldes muyahidín por valor de más de 15.000 millones de dólares. Dicha ayuda, permitió que la resistencia (iniciada por motivos ideológicos y religiosos de carácter interno) se extendiese a todo el país y amenazase la supervivencia del gobierno de Taraki. Asimismo, la brutal represión del régimen comunista y su idealismo revolucionario a la hora de implementar reformas radicales izquierdistas en un país mayoritariamente feudal e islámico como Afganistán, hizo

que la llama de la rebelión integrista se avivara todavía más. Finalmente, la traición personal de Amin terminó de descomponer el régimen, forzando a la URSS a intervenir militarmente para salvarlo. El sagaz estratega Brzezinski lo había logrado: la URSS había mordido el anzuelo y los soviéticos tendrían por fin su propio Vietnam. En la asamblea general de la ONU, el presidente Carter realizará un solemne discurso declarando que "la invasión soviética de Afganistán, a través de la cual trata de extender su dominación colonial, es la mayor amenaza a la paz desde la II Guerra Mundial".

Al llegar el republicano Ronald Reagan a la Casa Blanca tras su victoria en las elecciones presidenciales de 1980, su enorme popularidad, su decidida doctrina anticomunista y se deseo de terminar con la distensión para retornar al enfrentamiento con los soviéticos en la etapa final de la Guerra Fría, provocó no solo que el programa secreto de ayuda a los muyahidín se incrementara presupuestariamente en decenas de millones de dólares más, sino que éste terminase por hacerse público y que obtuviese el respaldo mayoritario del Congreso. En este sentido, fue decisiva la acción del congresista tejano Charlie Wilson en cooperación con multimillonarios anticomunistas y agentes de la CIA, los cuales lograron a través de Arabia Saudí, Pakistán, Israel e incluso de traficantes de armas, que los muyahidín recibieran todo tipo de suministros, pertrechos y armamento de última generación. Particularmente efectiva fue la introducción del misil antiaéreo portátil "Stinger", el cual tenía un enorme potencial capaz de destruir helicópteros y demás aparatos de la fuerza aérea soviética y, al mismo tiempo, permitía ser lanzado manualmente por cualquier muyahidín.

Profundizando aún más en la ayuda prestada por gobiernos como el de Arabia Saudí, podemos encontrar las claves del auge del fundamentalismo islámico en los años 80 y de esa coincidencia ideológica anticomunista entre estadounidenses y yihadistas (eran otros tiempos). El islam político llevaba en auge algo más de una década, justamente desde la derrota de los

ejércitos panarabistas en la guerra de los Seis Días contra Israel de 1967. El nasserismo y los movimientos seculares del mundo islámico, que habían logrado ser hegemónicos en la zona durante la década de 1960 (la impactante imagen de las minifaldas en Kabul se había producido años antes también en ciudades como Bagdad o El Cairo), estaban en claro retroceso tras la debacle militar y la pérdida de Jerusalén Este. Los islamistas entonces ofrecieron una explicación religiosa según la cual dicha humillante derrota era el castigo de Allah por haberse alejado del islam y haber vuelto a los tiempos de la "yahiliyya" (el gobierno infiel), por lo que la restauración del honor musulmán solo sería posible retornando al Corán y a la Sharia. La Hermandad Musulmana, así como otros movimientos islamistas (guiados por las teorías del yihadista egipcio Sayyid Qutb), encontraron un aliado perfecto en Arabia Saudí, la gran petromonarquía del Golfo Pérsico enriquecida tras la crisis del petróleo de 1973 y la formación de la OPEP, y con un sistema político y feudal basado en el wahabbismo (una corriente integrista del islam sunní). De hecho, no es de extrañar que sea el propio gobierno saudí el que alumbre tanto la Organización de la Conferencia Islámica (OCI) como la Liga Islámica Mundial (LIM), dos organizaciones internacionales destinadas a restaurar los lazos de la "umma" (la comunidad de creyentes), y como veremos a continuación, la influencia saudí llegará también a Afganistán.

Asimismo, Pakistán era un Estado surgido de la partición de la India tras la independencia, cuyo única razón de ser era precisamente su identidad islámica (Pakistán significa el "país de la pureza"). Poco a poco, el régimen de los sucesores de Jinnah (padre de la independencia) fue volviéndose cada vez más integrista y dictatorial a medida que se incrementaba su conflicto con la India, siguiendo las doctrinas radicales sunníes que llegaban desde Arabia Saudí, al tiempo que se convertía en un gran aliado de Estados Unidos (obteniendo tecnología para poder desarrollar su propio armamento atómico). Cuando

triunfó la revolución de Saur en su vecino Afganistán, el régimen pakistaní del general Zia-ul-Haq y su servicio de inteligencia (ISI) fueron los primeros a nivel regional en contactar, ayudar y otorgar un espacio de seguridad a los muyahidín tras su frontera para tratar de destruir al gobierno izquierdista de su molesto vecino. En su lugar deseaban establecer un régimen islamista radical y amigo, por lo que decidieron acoger en su propio territorio a la capital provisional de los muyahidín (Peshawar). De hecho, al controlar tanto la frontera con Afganistán como el centro neurálgico a donde llegaba el cuantioso suministro de armamento a los insurgentes, los pakistaníes pudieron desviar muchas de dichas armas hacia el grupo más radical de todos los muyahidín, la organización terrorista "Hezb-i-Islami" de Hekmatyar, su apuesta personal hasta el surgimiento de los talibanes.

No obstante, fue en el campo chií donde triunfó la primera revolución islámica propiamente dicha, con la victoria del ayatollah Jomeini tras acabar con el régimen pro-occidental y modernizador del Sha de Persia e instaurar en su lugar un sistema islamista dirigido por el "Wilayat Al-Faquí" (el gobierno de los doctores de la ley). El caso de Irán además es muy particular, porque es el único en el que el régimen laico depuesto era aliado de Estados Unidos y el régimen islamista implantado se declaraba fervientemente antiestadounidense, una variable que será importante a tener en cuenta décadas después, cuando los antiguos aliados del Pentágono se tornen en nuevos enemigos tras las consecuencias de la I Guerra del Golfo y el colapso de la URSS. No obstante, estadounidenses y ayatollahs sí que coincidían en una cosa: el odio hacia el comunismo y el deseo de destruir el régimen izquierdista de Afganistán, por lo que se celebraron multitudinarias manifestaciones en Teherán y otras ciudades iraníes para condenar la presencia soviética en su país hermano.

Geopolíticamente, un Afganistán comunista controlado por la Unión Soviética inquietaba no solo a Estados Unidos, sino

también a Pakistán debido a sus rivalidades territoriales, así como a la República Popular China por su lucha contra la URSS desde 1959 (a pesar de ser ambas potencias comunistas) e incluso a Gran Bretaña por sus históricos intereses en el país derivados de su pasado colonial. Así pues, fruto de la combinación de todos estos condicionantes ideológicos y geopolíticos, la insurgencia muyahidín consiguió que esta híbrida amalgama de poderosas potencias (occidentales, islamistas y hasta maoístas) se implicaran en mayor o menor medida en la contienda afgana financiando y armando a la insurgencia, bien directamente desde sus gobiernos o bien a través de intermediarios, al tiempo que el territorio paquistaní se convertía así en una gigantesca base militar para entrenar a más de 100.000 voluntarios de la yihad, no solo afganos, sino también llegados de todos los países musulmanes del mundo (a modo de "brigadas internacionales"), para posteriormente ser lanzados hacia Afganistán.

No obstante, los muyahidín en ningún caso constituían un grupo homogéneo, sino que estaban compuestos por diversas facciones, divididas según criterios tribales y étnicos (pashtunes, tayikos, hazaras, baluchis, etc) y según sus interpretaciones más o menos radicales del islam. En muchas ocasiones lograban realizar ingeniosas emboscadas (aprovechándose del conocimiento del terreno) y capturaban un valioso arsenal y equipamiento soviético, pero después eran tan desorganizados que a las pocas horas dicho material quedaba inutilizado, ya que lo terminaban usando para el saqueo y el pillaje. Además, cuando no combatían con los soviéticos, en muchos casos comenzaban a luchar entre ellos mismos. Esto desesperaba profundamente a los estadounidenses, y además, marcaría una peligrosa tendencia que en los años 90 quedaría plasmada en toda su crudeza cuando los señores de la guerra se hicieran con el control del país.

Fue durante esta guerra de los muyahidín contra los soviéticos cuando escuchamos por primera vez vez hablar de un

joven millonario saudí llamado Osama Bin Laden, por aquel entonces un "valeroso luchador por la libertad del pueblo afgano" según la propagada estadounidense (como dice el popular refrán, "cría cuervos y después te sacarán los ojos"). En 1988 crearía la organización yihadista "Al Qaeda" (la base), la cual posteriormente protagonizaría acontecimientos que cambiarían el paradigma de seguridad en el mundo e incluso sacudirían el orden mundial unipolar estadounidense. Pero de momento, era uno de tantos magnates islamistas saudíes que acudían a Afganistán para hacer la yihad, expulsar a los comunistas del poder e instaurar un régimen islámico.

III – La doctrina Gorbachov, el gobierno del Dr. Najib y la retirada soviética (1987-1989)

En 1987, la situación en Afganistán se había deteriorado gravemente y la intervención soviética estaba resultando un desastre absoluto. Cada año, el contingente de tropas había tenido que ir aumentando debido a las cada vez más exitosas ofensivas de los muyahidín, en las que toda la financiación estadounidense e internacional que recibían comenzaba a dar sus frutos. Los soviéticos se vieron obligados a entrar en una guerra de guerrillas en las zonas rurales que se saldó con miles de muertos, lo que fue haciendo que la ocupación militar se volviese tremendamente impopular en la URSS, del mismo modo que había ocurrido en Estados Unidos con la guerra de Vietnam unos años antes.

Además, las tropas soviéticas, incapaces de derrotar militarmente a los muyahidín (los cuales se beneficiaban del conocimiento del territorio, del apoyo popular rural y de la accidentada geografía del Hindu Kush), comenzaron a bombardear indiscriminadamente aldeas y poblaciones, matando a miles de civiles afganos y ejecutando posteriormente a cualquier sospechoso de encubrir o simpatizar con los guerrilleros. Los muyahidín tampoco se quedaban atrás en esta crueldad, y su fanatismo religioso y nacionalista les llevaba a

degollar y asesinar a cualquier soldado soviético o civil afgano simpatizante de los comunistas que capturasen (evidentemente, las mujeres sin velo y secularizadas eran también sus potenciales víctimas). En resumen, la guerra civil afgana se convirtió en un conflicto atroz en el que ambos bandos cometieron crímenes contra la humanidad.

Además, cambios significativos se habían producido en el presidium soviético. El histórico líder Brezhnev había muerto en 1982, y tras varios años de interregno gestionados por presidentes ancianos y débiles (la gerontocracia), de repente había llegado al poder en el Kremlin un joven y enérgico líder, Mihail Gorbachov, que puso en marcha un ambicioso programa de "Perestroika" (apertura) y "Glasnost" (transparencia) con el objetivo de democratizar y humanizar el régimen comunista. Ello provocó una cierta distensión con el gobierno estadounidense de Reagan, pero también, que la población soviética obtuviera por fin información imparcial sobre lo que ocurría en Afganistán y que madres y padres (destrozados ante la llegada de los féretros de sus hijos) comenzaran a preguntarse cuál era el objetivo de esa guerra absurda en un remoto país.

Gorbachov trató de buscar la mediación internacional a través de diversas iniciativas de paz (la ONU envió al subsecretario Diego Cordovez tanto a Kabul como a Peshawar para ocuparse de dicha delicada acción diplomática), sugiriendo que la URSS se retiraría siempre y cuando se interrumpiera de inmediato la ayuda estadounidense y pakistaní a los muyahidín. La iniciativa fracasó, ya que ni el gobierno comunista afgano de Karmal quería realizar ninguna concesión más, ni tampoco los muyahidines estaban dispuestos a pactar con los comunistas en ningún caso, ya que su guerra era santa y estaban convencidos de la victoria total sobre los infieles. A su vez, Estados Unidos tampoco tenía intención de detener su ayuda financiera y militar a los muyahidín, ya que el objetivo último de Reagan era provocar que la URSS agotase todos sus recursos en dicha contienda y tener así una oportunidad de terminar con la Guerra

Fría, ya que paralelamente se iban observando grietas evidentes en el bloque soviético (Polonia, República Democrática Alemana e incluso la propia URSS). Para tratar de reconducir la situación y buscar una salida de las tropas soviéticas que permitiera salvaguardar de algún modo al régimen comunista amigo en Afganistán, la URSS, cansada de la inoperancia de Karmal y de su rotundo fracaso en la tarea de estabilizar el régimen al cabo de más de 5 años, apoyó a sus adversarios internos en el PDPA para promover la sustitución de éste por otro miembro del gobierno afgano, Muhammad Najibullah. Este médico, que había estado a cargo de la temible policía secreta del KHAD y, por ende, de parte de la represión, tenía sin embargo una visión más pragmática y realista de su país y estaba dispuesto a des-sovietizar el régimen con el objetivo de lograr apoyos entre los islamistas.

Una vez en el poder, el "Dr. Najib" (como se le conocía coloquialmente) inició una política posibilista conocida como la "Reconciliación Nacional". Hizo aprobar una nueva constitución en 1987, la cual eliminaba gran parte de la simbología comunista y declaraba nuevamente el islam como la religión oficial, aunque al mismo tiempo, la carta magna mantenía la libertad de cultos, la primacía de la ley civil y los derechos de las mujeres conseguidos en la revolución de Saur. Este intento de moderar el régimen y eliminar su carácter revolucionario permitió al gobierno comunista de Najibullah resistir y estabilizar la RDA, dando tiempo a que la URSS pudiese realizar una retirada no humillante ni en desbandada como les había ocurrido a los estadounidenses en Vietnam.

Sin embargo, los muyahidín (gracias a la ayuda exterior, a su propia tenacidad y al siempre lucrativo negocio del opio que les reportaba ingentes cantidades de dinero negro) cada vez estaban más fortalecidos en el campo de batalla, y no solo habían logrado hostigar y resistir al poderoso ejército rojo durante casi una década, sino que ahora incluso estaban logrando victorias y avances importantes que comenzaban a poner en serio riesgo a

las principales ciudades afganas (Kabul, Herat, Mazar-i-Sharif), los bastiones comunistas. La heroica defensa del valle del Panjshir por el comandante tayiko muyahidín Ahmed Shah Massoud, en cuyo intento de reconquista los soviéticos habían puesto todo su potencial armamentístico, se convirtió en todo un ejemplo a seguir por el conjunto de los muyahidín. De hecho, Massoud pasaría a ser un héroe nacional a partir de entonces, y el valle del Panjshir, un lugar casi mítico, símbolo de la resistencia, independencia y carácter indomable afgano. Tras sus continuos éxitos, y eufóricos ante el anuncio de la retirada soviética, los muyahidín se disponían ya a preparar el asedio de la mismísima capital Kabul, a la cual cortaban sistemáticamente las rutas de aprovisionamiento y comunicación desde los últimos años.

Ante este acoso y derribo sistemático que el gobierno afgano y las tropas soviéticas sufrían y la imposibilidad de lograr un alto el fuego que crease un "statu-quo" que pudiese garantizar de algún modo la supervivencia del régimen afín a Moscú, Gorbachov finalmente tuvo que anunciar la retirada de las tropas soviéticas a partir de 1988, tras la firma de los acuerdos de Ginebra en abril de ese mismo año (los cuales en ningún caso traerían la paz, ya que tanto la URSS como EEUU y Pakistán siguieron armando a sus respectivos aliados afganos). De este modo, los últimos contingentes soviéticos abandonarían el país con una sensación amarga en febrero de 1989, cruzando el "Puente de la Amistad", una construcción que habían levantado ellos mismos para cruzar la frontera 10 años antes. Un país destrozado, con cientos de miles de afganos muertos, mutilados o desplazados, eran el terrible saldo que dejaba la desastrosa intervención militar en ayuda del asediado gobierno comunista. Para los soviéticos, los daños fueron igualmente considerables: desprestigio internacional, protestas internas, inversión desmesurada de recursos y aproximadamente 15.000 soldados muertos, así como decenas de miles de heridos. Un coste demasiado elevado, y lo peor de todo, completamente

inútil y contraproducente, ya que solamente había servido para recrudecer aún más la guerra civil afgana y para disparar el fundamentalismo islámico por reacción, el cuál ahora amenazaría directamente las fronteras del sur de la URSS.

Con todo, también hubo algún elemento positivo. La intervención soviética sirvió para que el régimen comunista afgano pudiese sobrevivir y desarrollarse en aquellos años (aunque fuese de modo accidentado y en situación permanente de guerra), y gracias a ello, decenas de miles de afganos pudieron estudiar, acudir a la universidad y trabajar en las nuevas industrias y estructuras económicas creadas por los ocupantes. En cuanto a las mujeres, el porcentaje de alfabetización, estudios superiores y población activa se incrementó sustancialmente, demostrando en este punto uno de los principales logros de la Revolución de Saur. Además, el gobierno prosoviético de Najibullah fundó en estos convulsos años las universidad de Badj y de Herat, siguiendo la estela de la universidad de Kabul.

Un ejemplo muy curioso e ilustrativo de dicha ambiciosa política educativa y universitaria del régimen de izquierdas afgano y de la ocupación soviética (especialmente para los hispanohablantes) lo constituye el hecho de que durante esta etapa de la RDA, el siempre activo internacionalmente gobierno de Fidel Castro financió la creación de un departamento de español en la Universidad de Kabul, enviando para ello a un grupo de profesores cubanos que durante más de una década estuvieron enseñando la lengua de Cervantes en diferentes niveles a decenas de universitarios afganos. Pues bien, hoy son esos mismos afganos instruidos antaño por profesores cubanos los que dirigen dicho departamento de español, formando así a toda una nueva generación de estudiantes interesados en aprender nuestro idioma. De hecho, muchos de ellos (tanto profesores como alumnos) han trabajado como traductores de los militares españoles desplegados en Afganistán durante las últimas dos décadas.

No obstante, el hito internacional más importante de la revolución de Saur a nivel exterior, fue el conseguir hacer historia al enviar a un nacional al espacio en 1988. El cosmonauta pashtún Abdul Ahad Mohmand se convertía así en el primer afgano (y único hasta la fecha) en sumarse a la lista de seres humanos que han salido al exterior del planeta Tierra, y de hecho, posteriormente fue condecorado por ello y se convirtió en ministro de la aviación civil en el todavía gobierno comunista de Najibullah. Desde la estación espacial soviética MIR, el cosmonauta aprovechó para enviar un mensaje a su pueblo "Desde el espacio todo se ve muy diferente. Tomad a vuestro vecino de la mano, deponed las armas, resolvamos nuestros problemas pacíficamente".

Por desgracia, los contendientes afganos (tanto muyahidínes como comunistas) no hicieron mucho caso de las palabras del cosmonauta. Además, Estados Unidos estaba decidido a acabar con cualquier huella del marxismo en Afganistán, por mucho que los soviéticos se hubiesen retirado. ¿Qué ocurrirá ahora que el gobierno del Dr. Najib se ha quedado solo? ¿Podrá resistir la previsible ofensiva final de los muyahidín sin las tropas de su gigante aliado? En el siguiente capítulo lo desvelaremos.

4

LA GUERRA DE AFGANISTÁN III (1989-2001): COLAPSO COMUNISTA, SEÑORES DE LA GUERRA Y DESCENSO A LA OSCURIDAD

En esta tercera entrega, nos ocuparemos del colapso del gobierno comunista, el triunfo de los muyahidín, la época oscura de los señores de la guerra, y finalmente, la toma del poder por parte del movimiento Talibán (un grupo muyahidín aún más fundamentalista que el resto), el cual impondrá un auténtico régimen de terror, integrismo, misoginia e iconoclastia en el país, al tiempo que brindará apoyo al terrorismo global de Al-Qaeda, lo cual precipitará a Afganistán hacia el abismo.

I – El asedio a Kabul y el colapso de la República Democrática de Afganistán (1989-1992)

Tras la retirada oficial de las tropas soviéticas, solamente queda una pequeña guarnición a cargo del aeropuerto internacional de Kabul (¿Os suena de algo esto verdad?), destinada a garantizar la llegada de suministros a la ciudad a través de un puente aéreo, que, no obstante, cada vez se presenta más complicado a raíz de los ataques muyahidín con misiles Stinger. Los pilotos soviéticos lanzan bombas de magnesio para despistarles, ya que los cohetes suministrados por los estadounidenses a los fundamentalistas se guían por el calor. No obstante, la presencia de esa exigua unidad soviética en el aeropuerto durará solo unas semanas, y a pesar de que la URSS tratará de mantener la ayuda a su aliado en la medida de lo posible, a finales de 1989 despegan los últimos aviones

militares soviéticos. La República Democrática de Afganistán, Kabul y el presidente Muhammad Najibullah se han quedado solos para contener a los muyahidín.

La ciudad se encuentra atestada de refugiados y comienza a sentir el peso de la guerra, la destrucción causada por los ataques muyahidín, la falta de abastecimientos y el terror de la población. La URSS pretende garantizar el suministro de alimentos desde Moscú, pero al no haber ya tropas soviéticas en suelo afgano, éstas pasan a ser repartidas por los propios generales del ejército afgano, que en muchos casos son corruptos y las desvían hacia el mercado negro y los estraperlistas, generándose una inflación desmesurada en los productos más básicos. A pesar de todo, el Dr. Najib desea resisir y emprende una serie de ofensivas para tratar de romper el cerco a Kabul, al tiempo que en base a su política de reconciliación nacional, teje algunas alianzas estratégicas con líderes tribales moderados, lo que le ayuda a sostenerse en el poder. Sin embargo, esto incide aún más en la feudalización de la sociedad afgana, ya que se están creando señores de la guerra (tanto gubernamentales como opositores) que comienzan a adueñarse de sus propios feudos independientes al margen del gobierno central, incluso los que colaboran con él. Ya no son solo los muyahidín los que se mimetizan con el sistema feudal, aunque al menos el gobierno de Najibullah mantiene el orden público, la iluminación y el correcto funcionamiento de los servicios de Kabul (años después será añorado y recordado en la memoria colectiva de los afganos por haber proporcionado esa estabilidad a pesar de la guerra).

Para profundizar en la des-sovietización del régimen tras la caída del Muro de Berlín y todos los países satélites de la URSS, Najibullah organiza un congreso extraordinario del PDPA para cambiar el nombre del partido a "Partido Watan" (partido de la patria). Todas estas medidas tienen un momentáneo efecto positivo en la moral de los combatientes, lo cual se reflejará en el campo de batalla, cuando ante el intento combinado

muyahidín y pakistaní de tomar Jalalabad, las tropas gubernamentales afganas rompan el sitio, ganen la batalla y logren salvar la ciudad. Es una victoria inesperada y contra todo pronóstico para el Dr. Najib, pero necesita algo más que eso para salvar su régimen de los muyahidín, y sobre todo, requiere de apoyos internacionales y cohesión interna dentro del propio partido.

En cuanto a la base social del régimen, a pesar de las sucesivas concesiones al clero islámico, de la represión comunista y del hartazgo de la guerra, a la castigada burguesía urbana y a los intelectuales que aún no han escapado de Kabul no les queda más opción que seguir apoyando al régimen de izquierdas (si es que aún se le puede llamar así). El Dr. Najib es su única garantía de seguridad, modernidad y de cierta libertad, ante la alternativa de un gobierno islamista que pretende devolver a Afganistán a la Edad Media. Por ello, Najibullah se aferra a dicho sector urbano, al ejército y a su "momentum" militar tras el triunfo en Jalalabad para tratar de sobrevivir y salvar lo poco que queda de la Revolución de Saur.

Gracias a la tenue ayuda que todavía llega desde la URSS, a las alianzas con señores de la guerra laicos y al apoyo de esa castigada burguesía e intelectualidad urbana, unido a algunos éxitos militares puntuales, el régimen de Najibullah logrará resistir aún algunos años más en el poder. Sin embargo, la caída del Muro de Berlín primero en 1989 y el sucesivo colapso de la URSS en 1991, significarán también el aislamiento total para su debilitado régimen, ya que el nuevo gobierno pro-occidental de Boris Yeltsin cancelará todas las ayudas a Afganistán, cerrando definitivamente el dossier afgano del Kremlin.

No obstante, el asalto definitivo a su régimen será interno, como suele ocurrir en los hundimientos políticos, cuando algunos centuriones deciden abandonar el barco antes de que se hunda y apostar por el bando que está a punto de vencer, aunque éste sea el enemigo contra el que han luchado. Así, en 1990 se produce un intento de golpe de Estado por parte del

general y ministro de defensa Sahnavaz Tanai que Najibullah detiene in-extremis (bombardeo incluido), por lo que Tanai huye a Pakistán y se pasa a los muyahidín. Finalmente, a comienzos de 1992, el general y señor de la guerra uzbeko Abdul Rashid Dostum, durante toda la guerra leal al gobierno comunista, de repente se subleva en su bastión de Mazar-i-Sharif, y aunque laico, se une también a los muyahidín por puro interés personal, completando así el cerco a la capital. El cambio de bando de Dostum, el único "warlord" poderoso que le quedaba ya a Najibullah, es la puntilla definitiva para un régimen en descomposición, asediado por el enemigo y sin ningún tipo de ayuda internacional, por lo que en abril de 1992, después de 14 años de insurgencia, los muyahidín finalmente rompen las lineas enemigas y entran triunfantes en Kabul. La República Democrática de Afganistán llega a su fin.

No obstante, justo unos días antes de la entrada de los islamistas, Najibullah había logrado poner a salvo 22.000 piezas de arte del Museo Nacional de Kabul escondiéndolas en bóvedas selladas del Banco Nacional, las cuales solamente podían abrirse reuniendo siete llaves, llaves que fueron repartidas a siete personas diferentes y sin conexión entre ellas, para que así jamás pudieran caer en manos de los fundamentalistas. Gracias a ello, gran parte del patrimonio cultural afgano pudo ser salvado del integrismo religioso, una suerte que no correrían otras obras de arte como los colosales Budas de Bamiyán (de cuyo terrible caso hablaremos a continuación).

La ciudad que los muyahidín encuentran a su entrada acaba de agotar su capacidad de resistencia. Aunque, gracias a las políticas del Dr. Najib que antes mencionábamos, las infraestructuras y servicios públicos siguen funcionando decentemente, la ciudad se encuentra atestada de refugiados, heridos y mutilados, y constituye una población urbana que, tras 14 años de guerra, ya no es la misma que había apoyado con cierto entusiasmo la Revolución de Saur. El presidente

Najibullah logrará momentáneamente escapar a la venganza islamista refugiándose en la sede de las Naciones Unidas en Kabul, puesto que los muyahidín de momento no se atreven a tocar las delegaciones diplomáticas para no quebrantar su alianza con Estados Unidos y otros países.

La rebelión islamista ha encumbrado a los grandes líderes de la resistencia como Burhanuddin Rabbani, Ahmed Shah Massoud, Ismail Khan, Gulbuddin Hekmatyar y el advenedizo ex-comunista Abdul Rashid Dostum, todos ellos criminales de guerra en mayor o menor medida. El gobierno quedará en manos de la facción "Jamiat-e-Islami" de Rabbani, Massoud y Khan, los cuales destruyen todas las instituciones de la RDA y crean en su lugar el Estado Islámico de Afganistán, en donde la sharía vuelve al centro de la vida política y social (si bien en una versión no tan radical como la que veremos unos años después).

II – La era de los señores de la guerra y el surgimiento del movimiento Talibán (1992-1996)

Caído el régimen comunista y exiliados, encarcelados o ejecutados sus principales gobernantes, Afganistán había quedado en manos de los triunfantes líderes muyahidín. Estos héroes míticos de la guerra ya habían formado un gobierno provisional en Peshawar (Pakistán), un gobierno basado en la sharía y reconocido por Estados Unidos, Arabia Saudí, Bahrein, Sudán y el propio Pakistán. Ahora, al fin podían llevar su gobierno provisional al conjunto de Afganistán. Sin embargo, los deseos uniformadores duraron poco, ya que en seguida estalló una guerra entre los diferentes señores de la guerra (facciones muyahidín) que convirtió a Afganistán en un Estado fallido y en un país prácticamente en ruinas. Proliferaron el cultivo del opio (ya anteriormente una de las fuentes de financiación de los muyahidín), el tráfico de órganos y la prostitución. A pesar de que el nuevo gobierno islamista había desarmado a las milicias comunistas al entrar en la ciudad, utilizó dichas armas para armar a sus propias bandas de

muyahidín (en muchos casos, meros delincuentes), por lo que el caos y el crimen se apoderaron tanto de Kabul como del país en general.

Este gobierno islamista de Rabbani y Massoud (apadrinado por Estados Unidos y Gran Bretaña), que supuestamente debía representar a todas las facciones muyahidín, no fue reconocido por la facción yihadista "Hezb-i-Islami" de Hekmatyar (respaldada por Pakistán), así como tampoco por la facción laica uzbeka "Junbish" de Dostum (respaldada por Uzbekistáan). A su vez, Arabia Saudí e Irán trasladaban la rivalidad entre sunnismo y chiísmo al suelo afgano, al apoyar respectivamente a las facciones "Ittihad" (sunnita-wahabbita) y "Wahdat" (chiíta), al tiempo que Irán a su vez apoyaba también al líder occidental de "Jamiat-e-Islami" Ismail Khan, del bando de Rabbani y Massoud. Una vez más, las potencias mundiales y regionales trataban de repartirse los pedazos de un país en ruinas, apoyando a diferentes señores de la guerra por intereses de índole étnica, religiosa o sencillamente geopolítica. Hekmatyar, uno de los señores de la guerra más sanguinarios y fundamentalistas, bombardeo la ciudad con la poderosa artillería que poseía, infligiéndola un gran daño. Independientemente del color de cada facción, las milicias de todos estos grupos islamistas luchaban calle por calle en las principales ciudades de Afganistán ante el terror de la hambrienta y desesperada población. Rabbani y Hekmatyar trataron de llegar a un acuerdo, pero fracasaron debido a la oposición de este último al nombramiento de Massoud, el "León del Panjshir", como ministro de defensa.

La guerra continuó, cada facción se apoderó de un trozo del país a imagen y semejanza de los señores feudales del medievo. La única ciudad en cierta forma que se benefició de esta guerra civil fue Mazar-i-Sharif, de mayoría uzbeca y en la frontera con Uzbekistán. Al quedar en manos del general Dostum (el único señor de la guerra ex-comunista, y por lo tanto laico), éste instauró un feudo independiente protegido por Uzbekistán que

se mantuvo lejos del caos feudal y del islamismo radical durante algunos años, permitiendo que las mujeres no llevasen velos, que acudiesen a la universidad y que se volviera a vivir una vida segura y secular, constituyendo un último coletazo de lo que había sido Afganistán durante la etapa comunista y pre-comunista. No obstante, su feudo también tenía su lado oscuro, ya que Dostum era igualmente un señor de la guerra sanguinario que torturaba y asesinaba a sus enemigos de terroríficas maneras.

En resumen, salvando el caso del feudo uzbeko y laico de Dostum en Mazar-i-Sharif, Afganistán había retornado, en tan solo unos meses de victoria muyahidín, a la Edad Media, al caos feudal, a la lucha fratricida entre clanes, al bandidaje y a la delincuencia. Muy lejos quedaban ya las imágenes de progreso y estabilidad de la monarquía de Zahir Shah, de la república de Daud o del gobierno revolucionario de Taraki. Afganistán era un país destrozado, completamente en ruinas, lleno de campos minados, repleto de mutilados, mendigos, delincuentes y bandas de criminales armados y en donde ya no funcionaban las infraestructuras y servicios básicos que el Dr. Najib había logrado mantener laboriosamente hasta la caída de Kabul. Era el auténtico descenso a la oscuridad (y lo peor de todo era, valga la redundancia, que aún no había llegado lo peor).

Por todo ello, no es de extrañar que, en medio de este caos bélico y de lucha fratricida entre líderes muyahidín por el reparto del botín de guerra que finalmente le habían conquistado a los comunistas, gran parte de la apaleada sociedad afgana que no había podido huir del país, se echara en brazos por pura desesperación de cualquier fuerza política, fuese la que fuese, con tal de que le prometiera una única cosa: seguridad.

Y fue en ese contexto de guerra entre facciones y anhelo de seguridad a cualquier precio, en donde en las zonas de mayoría pashtún, en las madrasas de la frontera afgano-pakistaní, surgió el movimiento "Talibán", fundado por el mullah Muhammad Omar (un muyahidín que había combatido contra los soviéticos

y el gobierno comunista afgano durante los años 80). La palabra talibán constituye el plural de "talib", un vocablo árabe que significa estudiante, y en su traducción al pashtún, estudiante religioso. Financiado y promocionado por Pakistán y, en menor medida, por Arabia Saudí, el movimiento talibán ideológicamente es de corte wahabbita, aunque con algunas características propias y diferencias importantes con respecto a la doctrina saudí, como es la incorporación a la sharía del código "Pashtunwalli", un código ancestral de conducta de las tribus pashtunes, transmitido de forma oral a lo largo de los siglos.

Con el apoyo militar de Pakistán, que evidentemente trataba de pescar en río revuelto, este movimiento religioso-militar comenzó a controlar algunas zonas rurales pashtunes del sur de Afganistán, y en 1994 capturó la ciudad de Kandahar, donde asentó su capital. Inmediatamente, los talibán procedieron a ejecutar a todos los señores de la guerra que encontraban y a imponer una interpretación rigorista, extrema y radical del islam como jamás se había viso en el mundo islámico hasta entonces (ni siquiera en Arabia Saudí y menos aún en Irán). Imponían castigos corporales, obligaban a las mujeres a llevar el "burka" (velo integral islámico aún más grueso y cerrado que el niqab saudí), amputaban manos a los ladrones, lapidaban a los adúlteros, encarcelaban a los hombres que no llevaban turbante ni se dejaran crecer suficientemente la barba y destruían el patrimonio artístico afgano pre-islámico (desde el persa hasta el budista). Particularmente terrorífico era el trato dado a las mujeres, a las que se les negaron todos los derechos civiles, quedando supeditadas a los hombres en cualquier aspecto de la vida, prohibiéndolas ir a estudiar o a trabajar y obligándolas a quedarse encerradas en casa (solamente podían salir a la calle acompañadas por un hombre y cubiertas por el burka). Por si no fuera poco todo esto, prohibieron la música, la televisión y la radio, cortaron las antenas parabólicas, clausuraron los cines, y en general, cualquier tipo de ocio o entretenimiento, al cual se juzgaba como pecaminoso (incluyendo el vuelo de cometas, un

festival tradicional afgano). Solamente eran permisibles los cantos y ceremonias religiosas. Era el intento de crear una distopía arcaizante y teocrática, basada en el ideal del monje-guerrero medieval cuya vida solamente debe estar destinada a hacer la yihad, tanto la personal como la militar.

Sin embargo, su extremo rigorismo les hizo gozar de una cierta popularidad en las zonas pashtunes, al menos en un comienzo, ya que la rectitud moral que imponían se la exigían en primer lugar a sus propios militantes, a los que también castigaban ejemplarmente cuando la quebrantaban. Igualmente, desarmaron a todas las facciones muyahidín, por lo que el crimen descendió considerablemente. En una sociedad destrozada por la guerra y condenada a la anarquía, en donde cualquier mercenario a sueldo de un señor de la guerra podía entrar en tu casa a robarte, matarte y violar a tu esposa y a tus hijas, el rigorismo y la castidad extrema de los talibán creaban un cierto orden y seguridad dentro del caos feudal, ya que (al menos en teoría) si te comportabas según los dictados de la sharia y el pashtunwalli, en principio no tenías nada que temer, y tu integridad, tus posesiones y las de los tuyos estaban aseguradas, aunque tuvieras que vivir encerrado en esa jaula.

III – El Emirato de Afganistán, Al Qaeda y la destrucción de los Budas (1996-2001)

Tras capturar Kandahar, el movimiento Talibán cada vez era más fuerte y poderoso, gracias en gran parte a la financiación exterior, a los efectivos pakistaníes y al siempre lucrativo negocio del cultivo del opio. Durante los dos años siguientes conquistaron la mayor parte de Afganistán, incluyendo la ciudad de Herat, en la zona persa del país. Particularmente terrible fue su represión en dicha ciudad, en donde obligaron a las mujeres tayikas y hazaras a ponerse el burka, una prenda pashtún que jamás habían usado. Igualmente, decapitaron bellas esculturas zoomórficas y antropomórficas típicas del arte persa de inspiración zoroastrista y musulmán chií, pero considerado

idolatría según la interpretación radical sunní y wahabbita de los talibán.

En 1996 llegaron finalmente a las puertas de Kabul, donde se enfrentaron a Ahmed Shah Massoud, el nuevo hombre fuerte del régimen muyahidín que había sustituido a Rabbani (dentro de la amalgama de señores de la guerra enfrentados). El León del Panjshir les infligió una inesperada derrota y trató posteriormente de negociar con ellos, pero los talibán se negaron en rotundo, y tras ir en busca de refuerzos, volvieron a asediar la capital, la cual finalmente lograron tomar. Massoud pudo escapar in-extremis y reagrupar a las fuerzas muyahidín opuestas a los talibán en el valle del Panjshir, el cual ya había sido su bastión inexpugnable durante la resistencia frente a los soviéticos.

La represión que desencadenaron en Kabul fue aún más terrible que la de Herat. Kabul, una ciudad destrozada por casi 20 años de guerra y de asedios, ahora sufría la llegada de un grupo fundamentalista de un extremismo tal que a su lado, los muyahidín casi parecían liberales. Una de las personas que no pudo salir de Kabul como Massoud fue el Dr. Najib, el último presidente comunista de Afganistán. Los talibanes asaltaron la sede de la ONU donde se encontraba refugiado desde 1992 y se lo entregaron provisionalmente al ISI (el servicio de inteligencia de Pakistán, principal patrocinador de los talibán). Los oficiales pakistaníes le presionaron para que firmara un documento por el que reconocía los territorios fronterizos en disputa como pakistaníes, ofreciéndole a cambio salvar la vida, pero Najibullah se negó argumentando que no podía traicionar al pueblo afgano. Entonces, el ISI le devolvió su custodia a los talibán, los cuales le torturaron, castraron, ejecutaron y colgaron en medio de la plaza pública, haciéndose después macabras y vejatorias fotos con su cadáver, imágenes que dieron la vuelta al mundo y que comenzaron a escandalizar a la opinión pública mundial sobre las acciones de este nuevo grupo islamista radical.

El ejemplo de la tortura y ejecución del Dr. Najib sirve muy

bien para ilustrar el régimen de terror integrista que impusieron los talibán en Afganistán, a pesar de la aparente sensación de seguridad que su rigorismo podía brindar a una población tan castigada por la guerra civil. El país quedó completamente aislado y bloqueado del resto del mundo, encapsulado en esa especie de distopía medieval mientras el resto del mundo se globalizaba y caminaba hacia el cambio de milenio. Solamente Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos y por supuesto Pakistán reconocieron al gobierno de los talibán, los cuales crearon el Emirato Islámico de Afganistán, liderado por el mullah Omar, emir de los creyentes a partir de entonces. Estados Unidos y el resto de la comunidad internacional siguió reconociendo al gobierno de los muyahidín del Estado Islámico de Afganistán, ahora agrupados en la Alianza del Norte liderada por Massoud, la cual se había hecho fuerte en el valle del Panjshir y en la zona Norte de Afganistán, en donde recibió apoyo estadounidense, tayiko e indio para continuar la resistencia antitalibán. A su vez, el general laico Dostum aún resistía por su cuenta en su feudo de Mazar-i-Sharif, apoyado por Uzbekistán, en una sociedad sitiada pero que disfrutaba de una vida moderna radicalmente opuesta a la distopía talibán. No obstante, el feudo del uzbeko, aunque cosechó algunos éxitos militares iniciales frente a los talibán, terminó por caer en manos de los fundamentalistas en 1998, los cuales perpetraron una nueva matanza en la capital del general, una represión acentuada por el desprecio de la mayoría pashtún hacia la minoría uzbeka. Aún así, el siempre oportunista señor de la guerra huyó hacia su padrino Uzbekistán y salvó la vida.

Mientras los talibán eliminaban a sus enemigos e imponían su férrea dictadura islamista y misógina, paralelamente establecieron una estrecha amistad con el millonario saudí Osama Bin Laden, un antiguo muyahidín aliado de la CIA que había creado su organización "Al Qaeda" en los años 80, durante la lucha contra los soviéticos y comunistas afganos (dentro del conjunto de bases que los países islámicos y

occidentales proporcionaron a los voluntarios muyahidín para entrenarlos y enviarlos luego a combatir en Afganistán).

No obstante, cuando la URSS se retiró de Afganistán y el régimen de Najibullah finalmente cayó, Bin Laden no disolvió Al Qaeda. Una decisión sin duda con miras de futuro, ya que durante los años 90 asistimos al crecimiento exponencial del terrorismo islámico, un nuevo fenómeno de alcance global que en términos ideológicos se había consolidado precisamente gracias a la yihad contra los soviéticos y a la posterior I Guerra del Golfo, un conflicto en el que parte del mundo musulmán se sintió humillado y traicionado por Occidente, y que provocó que organizaciones yihadistas como Al Qaeda pasasen de ser aliadas de Estados Unidos a considerarles el nuevo demonio a combatir tras la derrota del comunismo ateo, debido al modo occidental de vida "libertino", al apoyo del "sionismo" y al imperialismo "antimusulmán" en Oriente Medio.

Este cambio de alianzas llevó al saudí, tras ser expulsado primero de su país natal y posteriormente también de Sudán, a promocionar el crecimiento del movimiento Talibán, aprovechando el colapso estatal en la guerra civil afgana entre facciones muyahidín. El objetivo estratégico era buscar una nueva base territorial de operaciones donde entrenar a sus voluntarios de la muerte, para que posteriormente cometiesen atentados suicidas e iniciasen una yihad global contra los infieles de todo el mundo. El mullah Omar, con el que coincidían ideológicamente en su doctrina radical wahabbita, les otorgó esa base territorial, y el saudí a cambio ayudó financieramente a Afganistán y le proporcionó al mullah una unidad de su ejército de terroristas (la brigada 055). Se acababa de forjar una siniestra alianza cuyos efectos el mundo entero vislumbraría en los años siguientes.

Pero por si el régimen talibán no era ya lo bastante fundamentalista y terrorífico por si mismo, la influencia y presencia de Bin Laden y de sus yihadistas de Al Qaeda en el país influyó en una todavía mayor radicalización del movimiento

del mullah Omar. Dicho fanatismo exacerbado provocó que, en marzo de 2001, ambos líderes decidieran preparar la destrucción de las colosales estatuas de los Budas de Bamiyán, unas esculturas milenarias talladas en la roca y máximos exponentes del arte greco-budista de Afganistán, ese arte sincrético que había sido posible gracias al contacto de Alejandro Magno con la India, y posteriormente, de sus sucesores con el budismo del Emperador Ashoka. Esa multiculturalidad, seña de identidad de la fecunda historia afgana y plasmada en la riqueza de su patrimonio cultural, era justamente lo que aborrecían los integristas talibán y lo que querían destruir, para así borrar todo el legado no islámico de Afganistán. A pesar de las enérgicas protestas internacionales (especialmente de la UNESCO) para que no se llevase a cabo tal brutal atentado al patrimonio de la humanidad, los Budas fueron finalmente destruidos por la locura y huida hacia adelante del fanático régimen talibán, un régimen aislado internacionalmente, hostigado por la guerrilla de la Alianza del Norte de Massoud (a la cual no había podido derrotar aún, ni siquiera con la ayuda de las tropas pakistaníes y los terroristas árabes de Al-Qaeda) y cada vez más condenado por la opinión pública mundial debido a sus crímenes contra la humanidad. Mientras, la población afgana, invadida por los soviéticos, desgarrada en guerras civiles fratricidas y ahora condenada a una terrorífica teocracia integrista, ya no podía dar más de sí, y su particular odisea era la de sobrevivir un día más al infierno en la Tierra.

Ajeno a todo ese sufrimiento, el poderoso mullah Omar tenía a su lado a Bin Laden, a las bases de Al Qaeda diseminadas por el territorio afgano y a miles de yihadistas fanáticos llegados del resto del mundo, además del apoyo exterior del gobierno de Pakistán. Ya no necesitaba a su pueblo como al principio de su ascenso al poder y su enrocado régimen cada vez caminaba más y más hacia el abismo, dispuesto a llevar a cabo una yihad contra todo y contra todos en una distopía cada vez más fanática, orwelliana y apocalíptica. ¿Cuál será su acto final?

5

LA GUERRA DE AFGANISTÁN IV (2001-2021): ATENTADOS DEL 11-S, INVASIÓN ESTADOUNIDENSE Y RETORNO TALIBÁN 2.0

En esta cuarta y última entrega, nos ocuparemos de la invasión estadounidense tras los atentados del 11-S, la creación de la República Islámica de Afganistán, la ocupación militar aliada para hacer frente a la insurgencia talibán, la misión ISAF de Naciones Unidas, el nuevo intento de modernización de la sociedad afgana, la retirada occidental y finalmente, el actual retorno de los talibán al poder en su supuesta versión moderada y 2.0.

I – Los Atentados del 11-S, la guerra contra el terror y la invasión de Afganistán (2001-2002)

El 9 de septiembre de 2001, dos terroristas de Al-Qaeda que se habían hecho pasar por periodistas, logran acceder al líder de la Alianza del Norte, Ahmed Shah Massoud, y se inmolan junto a él, matando al histórico "León del Panjshir". La facción muyahidín, que aún resiste en el valle del Panjshir y en el corredor de Wakhan tras más de 5 años de lucha contra los talibán, oculta el atentado para evitar que su precaria alianza se desmorone rápidamente en la siguiente ofensiva de los fundamentalistas. Sin embargo, el orden mundial está a punto de cambiar radicalmente ante la llegada de un acontecimiento inmensamente más traumático.

En el amanecer del 11 de Septiembre, dos días después de la

muerte de Massoud, cuatro aviones comerciales son secuestrados por terroristas suicidas de Al-Qaeda pertenecientes a la célula de Hamburgo, la cual lleva años preparando minuciosamente este golpe mortal a Occidente. Una vez en el aire, los aviones, repletos de combustible, son desviados de su rumbo y estrellados contra las Torres Gemelas del World Trade Center (que terminan derrumbándose), el Pentágono y un campo de Pennsylvania (aunque presumiblemente este último se dirigía al Capitolio o a la Casa Blanca). Mueren 3000 personas, pero al margen de la cifra de víctimas occidentales, el trauma psicológico real es la pérdida de la invulnerabilidad estadounidense. Hasta la fecha, Estados Unidos, ni siquiera durante el síndrome de Vietnam, nunca había tenido la percepción de ser vulnerable en su territorio nacional a los ataques provenientes del exterior. Ahora de repente, unos simples terroristas suicidas sin grandes medios, habían logrado golpear el corazón financiero y militar del imperio, y el ejército más poderoso del mundo no había sido capaz de detenerlos. La "Pax Americana" de los años 90, etapa en la que el final de la Guerra Fría había alumbrado un nuevo orden unipolar con Estados Unidos erigido como el guía espiritual y gendarme tocaba a su fin. Había nacido un nuevo orden mundial y Estados Unidos iba a responder con contundencia al golpe para vengarse, salvar su honor y de paso tratar de recuperar su aureola de invencibilidad militar.

La administración republicana de George W. Bush, fuertemente influida por la corriente neoconservadora (que fundía el idealismo neoliberal con la derecha cristiana), declara inmediatamente la "guerra contra el terror", el "choque de civilizaciones" (siguiendo las tesis del geopolítico Samuel P. Hantington) y en seguida apunta a los fanáticos barbudos de Afganistán. La inteligencia estadounidense sabía desde hacía años que Osama Bin Laden estaba instalado en el emirato talibán, pero lo cierto es que esta circunstancia tampoco le había preocupado demasiado. Al fin y al cabo, ambos eran antiguos

aliados gracias a los cuales se había derrotado a la URSS sin derramar una sola gota de sangre norteamericana y tampoco es que a los geopolíticos estadounidenses les quitase especialmente el sueño si la mujer afgana estaba siendo oprimida o si el patrimonio cultural era destruido por el fanático régimen. Los atentados de Al-Qaeda perpetrados contra las embajadas de Estados Unidos en Kenya y Tanzania en 1999, unido al posterior ataque contra el buque estadounidense USS Cole, fondeado en Yemen, sí que comenzaron a inquietar algo más al Pentágono, pero sea como fuera, la nueva administración Bush no tomó ninguna medida especial para prevenir ataques terroristas en todo el año 2001.

Pero el 11-S de repente lo cambiaba todo. Los terroristas habían cruzado una línea roja y había que responder con contundencia (y quien sabe si, de paso, tal vez se podrían desarrollar nuevos planes de recolonización unipolar para extender geoestratégicamente el dominio estadounidense en el "Gran Oriente Medio" y obtener cuantiosos beneficios económicos). No obstante, por el momento, lo prioritario era garantizar la seguridad nacional, ya que el pánico y la psicosis colectiva se habían apoderado de la sociedad estadounidense. A partir del atentado, tanto las secciones de política internacional de los diarios como las cadenas de noticias internacionales, comenzaron a emitir reportajes sobre el islam, el terrorismo, el Corán, en donde aparecían constantemente expertos islamólogos que, por primera vez, nos explicaban conceptos como "sharia", "yihad" o "taqiyya", en una mezcla de morbo orientalista y pánico hacia todo lo musulmán. La geopolítica había regresado a la agenda mediática y el terrorismo se convertía en la nueva amenaza global.

El 15 de septiembre, el gobierno de Bush dio un ultimátum al régimen talibán para que entregase a Bin Laden, desmantelase las bases de Al-Qaeda y permitiese una minuciosa investigación por parte de militares estadounidenses en Afganistán. Su líder, el mullah Muhhamad Omar, obviamente se negó en rotundo, y al

expirar el plazo el 7 de octubre, se lanzó la operación "Enduring Freedom" (libertad duradera), en la que Estados Unidos formó una coalición con Gran Bretaña y otros aliados menores para invadir Afganistán. Entonces se acordaron de la Alianza del Norte, esa pequeña resistencia de muyahidín antitalibán en el noreste de Afganistán. Massoud había sido un buen aliado de la CÍA y del MI6 británico, y aunque acababa de ser asesinado también por Al-Qaeda, su facción aún resistía en dichos bastiones norteños y su posición podía facilitar enormemente la invasión (al tiempo que minimizar las muertes de soldados estadounidenses). De este modo, y tras alcanzar acuerdos con Tayikistán y Uzbekistán para atravesar su territorio, las tropas estadounidenses cruzaron nuevamente el puente de Amistad, esa línea angustiosa que separaba la seguridad del avispero afgano, la tumba de imperios (el último, el soviético), pero ya no había vuelta atrás. Además, la ideología de la democracia neoliberal era la mejor bajo su punto de vista, no como el "malvado" comunismo, de modo que era seguro que triunfarían.

Del lado talibán, el mullah Omar se quedó aislado del todo cuando Arabia Saudí y Emiratos Árabes decidieron romper relaciones diplomáticas con su régimen fundamentalista. El 11-S había cambiado radicalmente las antiguas alianzas de la Guerra Fría y el enemigo ahora era el yihadismo, por lo que Arabia Saudí comenzaba a ser un aliado no confiable debido a su condición de cuna del integrismo wahabbita (y también, al hecho de que 15 de los 19 terroristas participantes en el 11-S eran precisamente saudíes). Por ello, para intentar mantener sus buenas relaciones con Washington, los saudíes se apresuraron a romper con el mullah Omar, así como su pequeño vecino del Golfo. Solamente quedaba Pakistán, en una ambigüedad que mantenía desde los años 90 (aliada militar de Estados Unidos pero principal patrocinadora del régimen Talibán), un juego a dos bandas que siempre se ha podido permitir gracias a disponer del arma atómica. Especialmente preocupante sería a

partir de entonces el ISI (el servicio secreto pakistaní), repleto de fundamentalistas religiosos simpatizantes con los talibán y con Al Qaeda.

La ocupación fue algo menos rápida que la soviética, puesto que las circunstancias eran distintas. Los soviéticos habían acudido en auxilio de un gobierno amigo asediado, mientras que los estadounidenses trataban de deponer a un régimen fundamentalista islámico que se defendería hasta la muerte. No obstante, para final de año y tras sufrir intensos bombardeos y cuantiosas bajas, los talibán habían perdido casi todo el territorio afgano (incluido Kabul), viéndose obligados a atrincherarse en Kandahar. Unas semanas después, este último bastión también caería en manos de la fuerza combinada de estadounidenses y muyahidín de la Alianza del Norte. El mullah Omar y Osama Bin Laden huyeron a las montañas de Tora Bora, en la inaccesible frontera afgano-pakistaní (y se sospecha que protegidos por agentes del ISI pakistaní), y desde entonces, el ejército americano y su inteligencia iniciaron un juego del ratón y el gato con los terroristas para intentar cazarlos (tardarían más de diez años en hacerlo), dentro de la doctrina de la guerra contra el terror lanzada por la administración estadounidense. De hecho, fue durante estos primeros años del nuevo milenio cuando la base militar estadounidense de Guantánamo alcanzó un gran eco mediático, al convertirse en el centro de detención e interrogatorio extraoficial de los terroristas capturados (en donde los reclusos carecían de derechos y en muchos casos eran sometidos a tortura durante años).

II – La ocupación estadounidense y la República Islámica de Afganistán (2002-2020)

Los "warlords" afganos se habían cobrado su venganza gracias a la invasión estadounidense, por lo que regresan eufóricos al poder tras casi cinco años en el exilio y con la voluntad de no volver a caer en luchas fratricidas. No obstante,

Estados Unidos, como potencia ocupante, iba a encargarse de tutelar el proceso político, con el doble objetivo de que las facciones de muyahidín afganos no cayesen en una nueva fase de guerra civil, al tiempo que militarmente se encargarían de la ofensiva para destruir las bases de Al-Qaeda y capturar a los líderes terroristas. Sin embargo, muy pronto los talibán, aprovechando las características de la geografía afgana y de su composición étnico-tribal (como ya habían hecho contra la URSS), se reagruparían e iniciarían una insurgencia continuada contra la ocupación, por lo que pronto Estados Unidos tuvo que pasar también a realizar labores defensivas. La historia comenzaba a repetirse peligrosamente y antes de lo esperado.

En el plano interno, los estadounidenses promovieron la creación de un nuevo régimen: la República Islámica de Afganistán (republicana para tratar de crear una estructura estatal liberal y democrática que acabase de una vez con el sistema feudal, pero al mismo tiempo islámica para garantizar la cohesión social y la lealtad de los antiguos muyahidín y señores de la guerra, ahora convertidos de nuevo en ministros provisionales. De este modo, criminales de guerra desde 1979 como Burhanuddin Rabbani, Gulbuddin Hekmatyar, Ismail Khan o Abdul Rashid Dostum ocupaban nuevamente el poder, un poder tutelado por Estados Unidos y que ejércían como antaño, aunque bajo el velo de unas instituciones pseudo-democráticas. Ello como veremos, a la larga creará muchos problemas, provocando que se mantengan la corrupción, el tribalismo y la debilidad del poder central como males endémicos del siempre débil Estado afgano.

No obstante, la presidencia en sí del gobierno provisional fue otorgada a Hamid Karzai (pashtún durrani), una figura muyahidín que ya había ocupado cargos en los gobiernos del Estado Islámico de Afganistán entre 1992 y 1996, aunque en un segundo plano. Éste, convocó a la "Loya Jirga" (la asamblea tradicional que reúne a las figuras más notables de cada región), y con la supervisión y el asesoramiento del gobierno de

Washington y de otros países aliados, se redactó una nueva constitución y se convocaron elecciones en el año 2004, ganadas por el propio Hamid Karzai. Por primera vez, un presidente afgano era elegido de modo "teóricamente" democrático. Obviamente, la propia estructura feudal, el clientelismo y la inseguridad en muchas zonas del país debido tanto a la delincuencia como a la resistencia talibán, los procesos electorales del nuevo régimen distarán mucho de asemejarse a una democracia homologable con las occidentales, y un síntoma claro de ello, es que los sucesivos gobiernos seguirán monopolizados en gran parte por los "warlords" y antiguos muyahidín. Tras encadenar tres mandatos consecutivos, Karzai sería sustituido por Ashraf Ghani en 2014, al ganar éste las elecciones en alianza con Dostum, el incombustible señor de la guerra uzbeko. Ghani alcanza la presidencia como el primer presidente afgano post-comunista que no pertenece a la resistencia muyahidín, sino que se trata de un occidentalizado antropólogo, educado en universidades estadounidenses y que durante gran parte de su vida ha trabajado para el Banco Mundial. Con este perfil tecnócrata, en alianza con Dostum (el único "warlord" laico), parecería que Afganistán trataba de profundizar tímidamente en la senda modernizadora, aprovechando el paraguas militar exterior. Además, paulatinamente fueron regresando al país algunos antiguos comunistas (exiliados desde la caída de la RDA). Gracias a ellos, se pudieron recuperar las piezas del Banco Nacional que había sellado Muhammad Najibullah (el último presidente comunista) para protegerlas del fanatismo iconoclasta islamista, al tiempo que se permitía la apertura de casas-museo dedicadas a antiguos mandatarios modernizadores como Zahir Shah, Muhammad Daud, Noor Muhammad Taraki o el propio Dr. Najib.

Y es que, con la influencia occidental de todos los militares, periodistas y cooperantes desplegados en Afganistán, la nueva apertura de delegaciones diplomáticas, la llegada de la moda occidental y de las nuevas tecnologías (telefonía móvil, internet

y redes sociales), permitió que una buena parte de la sociedad afgana (al menos en las ciudades) accediese también a la sociedad de consumo y cambiase en cierto modo sus parámetros de vida. De esta nueva oleada modernizadora se benefició obviamente la mujer, a la cual la nueva constitución le permitía volver a estudiar y gozar de derechos (si bien es cierto que no tan avanzados como durante la época ilustrada y comunista, ya que, aunque ya no era obligatorio llevar el burka como durante el régimen talibán, sí que lo continúo siendo el hiyab). Así, chicos y chicas con títulos universitarios, políglotas, conectados con otras partes del mundo gracias a internet, interactuando a través de las redes sociales, trabajando en muchos casos como traductores para los contingentes de tropas extranjeras, han ido paulatinamente tiñendo de color el nuevo Afganistán urbano. Se trata de un proceso que se ha prolongado durante exactamente 20 años, que ha alumbrado a una nueva generación que no conoció el horror talibán de los años 90, y que (matizado por todos los obstáculos tribales, patriarcales, feudales y bélicos que se quiera) ha transformado a la población joven de las ciudades. Por ello, si no tenemos en cuenta este importante factor de cambio generacional, nos será muy difícil comprender las peculiaridades del retorno talibán a finales del año 2021. Pero no adelantemos acontecimientos.

No obstante, además de continuar siendo un país atado a las férreas estructuras tradicionales y feudales, la guerra civil no había cesado. El movimiento talibán, puesto en fuga hacia las montañas de Tora Bora tras la fulgurante invasión estadounidense, utilizó la estrategia de la cobra de Asia Central (paciente, sigilosa pero mortalmente venenosa) y comenzó a reagruparse en el año 2002, iniciando desde entonces una guerra asimétrica basada en los atentados terroristas y combinada con una ofensiva limitada para ir controlando paulatinamente ciertas zonas rurales y periféricas (gracias a su ya mencionada implantación sociológica e ideológica en las zonas de mayoría pashtún). Ello, como ya les ocurrió a los soviéticos en la década

de 1980 ante la enconada resistencia muyahidín, obligaba ahora al Pentágono a ampliar cuantiosamente su despliegue en Afganistán, así como el de sus aliados británicos y canadienses. Paralelamente, el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas aprobó la resolución 1386 por la que se creaba la misión multinacional ISAF (International Security Assistance Force), con el objetivo de garantizar la seguridad en el país y asesorar al gobierno afgano de cara a la creación de unas fuerzas armadas y policiales propias, modernas y no dependientes de los "warlords", las cuales en el futuro pudiesen ser autónomas para asumir la seguridad y la defensa del país. El liderazgo logístico de dicha misión se le otorgó a la OTAN, misión en la que participaron también tropas españolas. Mientras, la Operación Enduring Freedom, que había realizado la invasión de 2001, continuaba en manos exclusivas de Estados Unidos y Reino Unido. Sumando ambas misiones, llegó a haber más de 100.000 unidades extranjeras desplegadas en Afganistán durante toda la ocupación, casi tantas como las soviéticas en su tiempo.

III – La retirada de la coalición internacional y el retorno talibán al poder (2020-2021)

Pero los diplomáticos europeos decimonónicos no habían apodado a Afganistán la "tumba de imperios" por nada. Como ya había ocurrido con el Imperio Británico y, más recientemente, con la URSS, Estados Unidos y sus aliados se adentraron en una guerra de desgaste contra los talibanes que a la larga no podían ganar. Era lo mismo de siempre: se ocupaban muy fácilmente las ciudades y los centros de poder debido a la manifiesta superioridad militar, pero lentamente, la sigilosa cobra afgana iba inyectando su ponzoña en las fuerzas extranjeras, desgastándolas y debilitándolas progresivamente. El funesto resultado es que más de 3500 soldados de la coalición internacional han perecido en Afganistán a lo largo de estos años (así como otros tantos miles de afganos), y a pesar de todos los recursos materiales y humanos invertidos, los talibanes

no solo no fueron derrotados, sino que paulatinamente fueron regresando con vigor a la arena política, saliendo de sus cuevas y escondites, realizando atentados en el mismo centro de Kabul y otras ciudades importantes y dominando amplios espacios rurales, iniciando así la reconquista del país.

De este modo, esta interminable guerra de desgaste (una de las claves de la derrota del Partido Republicano en 2008), obligó a sus sucesores en la Casa Blanca, tanto al demócrata Barack Obama como al nuevamente republicano Donald Trump, a buscar una salida negociada al conflicto (como ya había tenido que hacer Gorbachov a partir de 1985). Obama fue el primero en comenzar a hablar de una retirada escalonada, aunque posteriormente es Trump el que pone en marcha dicho proceso, dejándole a su vez un regalo envenenado al demócrata Joe Biden, el actual presidente.

A partir del año 2020, Trump decidió organizar las reuniones de Doha con representantes talibanes (al margen del gobierno afgano, que ya había tratado de negociar acuerdos con los talibanes años antes). Finalmente, el 20 de febrero de ese mismo año, el secretario de Estado estadounidense, Mike Pompeo se reunió con el representante talibán, Abdul Ghani Baradar, para acordar el calendario definitivo para la retirada de las tropas de Estados Unidos y sus aliados de Afganistán. A su vez, los talibanes, que habían moderado su discurso al compás de los años para tratar de desvincularse del terrorismo yihadista y de su pasado distópico, y al mismo tiempo, obtener un mayor reconocimiento internacional, se comprometían no solo a no volver a albergar en su territorio bases terroristas, sino a colaborar en la lucha contra el mismo y a buscar un consenso con el gobierno afgano para la formación de un gobierno plural. A su vez, en otra reunión con el ministro de exteriores de China, Wang Yi, el representante talibán se comprometía con la diplomacia del gigante asiático a no financiar ni dar cobijo a los rebeldes independentistas uigures de la provincia de Xinjiang, aunque fuesen sus hermanos musulmanes (un asunto clave para

la integridad territorial de China).

Ghani Baradar, el nuevo hombre fuerte de los talibán, es considerado como el principal estratega de la nueva hoja de ruta del grupo islamista. Se trata de un histórico líder del movimiento que participó en su fundación junto al mullah Omar, ocupando puestos clave durante el brutal régimen de los años 90. Posteriormente fue capturado por los estadounidenses tras la ocupación, llegando a pasar varios años encarcelado, pero tras su puesta en libertad, comprendió que la realidad globalizada del siglo XXI era diferente, que las formas de la guerra psicológica habían cambiado y que si quería que los talibán tuviesen posibilidades de regresar al poder en Afganistán (y de conservarlo), éstos tenían que cambiar la forma de relacionarse con el exterior para en el futuro obtener el reconocimiento internacional y evitar una nueva invasión extranjera. Y dicha estrategia pasaba por dos elementos clave: la diplomacia y la comunicación. Diplomacia para demostrar que podían ser un actor político reconocido (y EEUU y China se lo brindaron en bandeja en Doha) y comunicación para adaptarse a la nueva realidad discursiva del siglo XXI, utilizando todo el potencial de los medios de comunicación de masas, internet y las redes sociales (en lugar de demonizarlas como en el pasado).

No obstante, como bien sabemos los que nos dedicamos al estudio de la propaganda política, una cosa es la proyección de la realidad y otra es la realidad en sí misma. Y la realidad de la ideología talibán no ha cambiado ni un ápice en todos estos años, ya que los fundamentos integristas, basados en la interpretación wahabbita más radical de la sharia (aderezada con el pashtunwalli), no han cambiado ni una coma. Pero así funciona la propaganda: se trata de parecer más que de ser y de "maquillar el corazón como se maquilla un rostro", tal como recomendaba ya hace más de tres siglos el intrigante cardenal Mazarino en su breviario para los políticos. En el caso del fundamentalismo islámico además, se recoge un "haditz" (dichos y hechos ejemplares del profeta) en el que se habla del

concepto de "Taqiyya" (ocultamiento), es decir, la legitimidad del guerrero que hace la yihad para mentir, ocultar e incluso hacerse pasar por infiel cuando el fin último es la supervivencia de la "umma" (la comunidad de creyentes) y la lucha contra los infieles.

Y es en este contexto en el que, a comienzos de 2021, Biden asume la presidencia de los Estados Unidos, debiendo encargarse de la fase final de dicha retirada de las tropas estadounidenses. Con ellas, también van retirándose paulatinamente las tropas de la coalición internacional, tanto las de Enduring Freedom como las de ISAF (incluyendo las tropas españolas). Las previsiones, tanto del Pentágono como de la CIA, son que los talibán podrían hacerse con el poder a largo plazo tras la retirada estadounidense, aunque esto no tendría por qué suceder necesariamente, ya que durante 20 años se ha formado al Ejército Nacional Afgano y se le ha dotado de armamento y equipamiento moderno, por lo que debería tener capacidad de sobra para repeler las posibles ofensivas fundamentalistas.

Pero la geopolítica nunca es una ciencia exacta, y los inmediatos acontecimientos vendrán a demostrarlo una vez más. A comienzos de agosto de 2021, cuando ni siquiera ha finalizado la totalidad de dicho repliegue, los talibanes (que como hemos dicho ya controlaban importantes zonas rurales) lanzan de repente una ofensiva generalizada en todos los frentes para apoderarse de las ciudades del país. Incomprensiblemente, una a una van cayendo todas las capitales de provincia en apenas unos días. Los gobernadores provinciales y los mandos del ejército (corruptos en su mayoría, como la estructura del Estado afgano en si misma) deciden pactar con los comandantes talibán y abrirles las puertas, por lo que los combates son mínimos. Solamente Mazar-i-Sharif, al que se ha desplazado su antiguo "warlord" Dostum (ahora además vicepresidente del país), logra resistir durante más de una semana a la ofensiva islamista, aunque al final, acaba también

rindiéndose a los talibán y huyendo hacia Uzbekistán a través del Puente de la Amistad (igual que había hecho en 1998). Un día después, el 15 de agosto, los talibán entran en la capital Kabul sin encontrar ningún tipo de resistencia, ya que el propio presidente Ghani parte también hacia el exilio (según él, para evitar un baño de sangre, probablemente el suyo propio).

Esa misma noche, los talibán irrumpen en el palacio presidencial y ofrecen una rueda de prensa al mundo en la que muestran un perfil aparentemente moderado. Ghani Baradar anuncia que regresan al poder para gobernar con humildad, que se respetarán los derechos de las mujeres dentro de la sharía, que se otorgará una amnistía general para todos aquellos ciudadanos que colaboraron con la coalición internacional, que se tolerarán las actividades de ocio, que se permitirá la evacuación de todos los extranjeros y que, en general, no habrá represalias. Sin embargo, volviendo a la distinción entre la proyección de la realidad y la realidad, las informaciones que (a la hora de escribir estas líneas) nos llegan desde Kabul y otras ciudades son muy contradictorias. El caos que se está viviendo en el aeropuerto internacional (custodiado aún por las últimas tropas extranjeras que quedan en el país), atestado de ciudadanos afganos desesperados que tratan de embarcarse en algún vuelo militar junto a los diplomáticos y ciudadanos extranjeros para huir de la venganza fundamentalista, así como las repentinas muertes de opositores o la represión hacia determinadas mujeres que se están reportando, nos obligan a ser muy escépticos y a no bajar la guardia ante este supuesto perfil talibán 2.0.

IV – Perspectivas de futuro e interrogantes geopolíticos (Conclusiones Finales)

La pregunta que ahora mismo nos estamos haciendo todos los analistas es la siguiente: ¿Cómo ha podido colapsar un ejército preparado por la coalición internacional durante más de 20 años y dotado de armamento moderno, perdiendo la guerra

vergonzosamente frente a unos guerrilleros fundamentalistas? Numerosas son las causas y hay un gran debate sobre las mismas, pero podríamos destacar las siguientes: gran disciplina del movimiento talibán, financiación externa de los fundamentalistas, nueva estrategia diplomática y comunicativa, pactos con los gobernadores locales, baja profesionalidad del ejército afgano, otorgar los mandos del ejército afgano a minorías étnicas (tayikas y uzbekas) odiadas por la mayoría pashtún, corrupción estatal generalizada, poca legitimidad gubernamental y mala gestión de la retirada estadounidense por parte de la administración de Biden.

En este sentido, la imagen del caos y la desorganización de los militares internacionales que tratan de gestionar la avalancha de refugiados en el aeropuerto de Kabul contrastada con la imagen triunfal, cómoda y tranquila de los talibanes en el palacio presidencial, sea tal vez la mejor metáfora que sintetice toda esta concatenación de factores, y al mismo tiempo, ejemplifica como los talibán han ganado claramente la batalla comunicativa (al menos de momento).

Y mientras, en el valle del Panjshir, las últimas tropas republicanas en retirada se han reunido en torno a Ahmad Massoud, el hijo del mítico "León del Panjshir", con el objetivo de iniciar una nueva resistencia contra los talibán como la que ya sostuvo su padre en la década de 1990, y no por casualidad, lo han hecho en el mítico valle (bastión de la resistencia desde hace más de cuatro décadas). La guerra aún no ha terminado, una guerra que dura ya más de 40 años.

Afganistán, como ya explicamos en el primer capítulo de esta saga, históricamente ha sido siempre una ruta de paso esencial para el comercio, a la par que zona estratégica clave para la dominación del conjunto de Asia Central. Por lo tanto, el control de este inhóspito país resulta vital para las potencias tanto en términos militares como económicos. Hoy en día, estos imperativos geopolíticos no sólo no han cambiado, sino que se han acentuado aún más debido al descubrimiento en el país de

reservas de gas natural, piedras preciosas y tierras raras (estas últimas, vitales para la fabricación de los dispositivos electrónicos que utilizamos diariamente en la era de la globalización y de las NTICS). Finalmente, tampoco podemos menospreciar la intensa partida que se juega en el campo de la ideología, en una lucha cultural clave entre la democracia liberal, la autocracia de los "warlords", y al mismo tiempo, entre el islam sunní y el islam chií, y para salir vencedor en dicho combate por las mentes y los corazones, la propaganda, como siempre a lo largo de la historia, será el elemento fundamental para la manipulación política y la guerra psicológica.

Por todo ello, estos intereses geopolíticos de las grandes potencias (mundiales y regionales) que llevan disputándose el control de Afganistán desde, por lo menos, el siglo XIX, prolongando ese "Gran Juego" de Asia Central, van a seguir muy latentes en los años venideros. De hecho, el fracaso estrepitoso una vez más de la intervención militar extranjera y del intento de modernizar por la fuerza un sistema social tribal, puede llevar a los mandatarios extranjeros a optar por estrategias de control más indirectas, buscando el acuerdo amistoso con el gobierno talibán (siguiendo la estela del espíritu de Doha) para mantener su influencia en el país. Estados Unidos, China, Rusia, Arabia Saudí, Irán, Pakistán, Uzbekistán, Tayikistán, Turkmenistán y los demás Estados con fronteras o intereses en juego en Afganistán, no van a querer renunciar nunca a los beneficios geoestratégicos, geoeconómicos y geoculturales que puede otorgarles el relacionarse cordialmente con el gobierno talibán (lo que implicará mirar hacia otro lado cuando sea necesario, para mayor sufrimiento de la población afgana). Sin embargo, esta estrategia también conlleva serios riesgos para la seguridad global a medio plazo, ya que Afganistán podría perfectamente volver a convertirse en una base de operaciones de diferentes organizaciones yihadistas, con las que los talibán, no lo olvidemos, coinciden ideológicamente en un 99%. Mientras tanto, los problemas tanto endémicos

como importados que padece la población afgana, parece que estarán, como siempre, relegados a un segundo plano y fuera de la agenda geopolítica de las potencias, donde primará la "realpolitik".

En resumen, a lo largo de esta saga de cuatro entregas, hemos recorrido la historia reciente de la guerra en Afganistán, un país que lleva en ese estado permanente de violencia más de cuatro décadas. Una sociedad tribal, feudal y profundamente religiosa, desgarrada por un continuo conflicto civil avivado por intervenciones extranjeras, con una de las tasas de analfabetismo, pobreza y emigración mayores del mundo, y en manos de unos señores de la guerra corruptos o de unos fundamentalistas fanáticos. Y a pesar de todo, ahí sigue dicho pueblo, dividido en múltiples etnias, lenguas y tribus, pero unificado en torno a la convicción de que no desean ningún tipo de dominación extranjera bajo ningún concepto, sea del color que sea. Por ello, a lo largo de toda su fecunda y multicultural historia, Afganistán ha acabado siendo una "tumba de imperios" para la mayoría de aquellos invasores que han tratado de ocupar el país por la fuerza, y parece que, a tenor de los últimos acontecimientos, dicha metáfora está muy lejos de quedar obsoleta.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- QUESADA BAQUÉS, J. (2008): *¿Quo Vadis Afganistán?* Madrid. Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado.

- BARFIELD, T. (2010): *Afghanistan: a cultural and political history*. New Jersey. Princeton University Press.

- CANALES, C. y DEL REY, M. (2013): *Exilio en Kabul: la guerra en Afganistán (1813-2013)*. Barcelona. EDAF.

- ELORZA, A. (2020): *El círculo de la yihad global: de los orígenes al Estado Islámico*. Madrid. Alianza Editorial.

- GOMÁ, D. (2011): *Historia de Afganistán: de los orígenes del Estado afgano a la caída del régimen talibán*. Barcelona. Publicacions i Editions de la Universitat de Barcelona.

- RASHID, A. (2014): *Los talibán: islam, petróleo y fundamentalismo en el Asia Central*. Barcelona. Península.

- ARNOLD, A. (1983): Afghanistan´s two-party communism: Parcham and Khalq. California. Hoover Institution Press.

- DORRONSORO, G. (2000): La révolution afghane: des comunistes aux taleban. Karthala. Recherches Internationales.

- LEFFLER, M (2007): La guerra después de la guerra: Estados Unidos, la Unión Soviética y la Guerra Fría. Barcelona. Crítica.

ACERCA DEL AUTOR

Miguel Candelas es Licenciado en Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales, Máster en Estudios Avanzados de Análisis Político y Máster en Profesorado de Ciencias Sociales, Máster en Marketing, Consultoría y Comunicación Política, Máster en Religiones y Sociedades y Doctorando en Comunicación por la Universidad de Sevilla (US). Ha trabajado como asesor político y de comunicación. Actualmente es profesor de comunicación política en la Universidad de Alcalá (UAH y profesor de geopolítica y propaganda en el Centro de Estudios de Geopolítica y Seguridad (CEDEGYS).

@MikiCandelas

ACERCA DE LA COLECCIÓN

La colección "Sacar del cajón", de Ediciones Beers&Politics pretende ser un escaparate para que artículos inéditos, documentos sueltos, ideas no publicadas, trabajos de final de grado o trabajos de final de master, debidamente adaptados a un formato divulgativo, puedan mostrarse y no se pierdan dentro de los cajones o de las carpetas olvidadas de nuestros ordenadores.

Pensamos que hay muchisimo conocimiento que debe darse a conocer, y mucho talento oculto, y que es una lástima que se quede en esos cajones y carpetas. Es por eso que queremos sacarlo a la luz.

Se trata de libros cortos, de 10.000 a 15.000 palabras, sobre temas variados respecto a la política y la comunicación política que creemos serán interesantes para nuestros/as lectores/as. Se publican en PDF en nuestra web y con su propio ISBN en formato libro y ebook en Amazon (.com y .es, entre muchos otros), donde podéis adquirirlo a un precio simbólico.

Si también tienes uno de estos textos perdidos y quieres publicarlo para que tu esfuerzo no quede en el olvido, escríbenos a info@beersandpolitics.com.

En esta ocasión, y junto a Miguel Candelas, contamos con la colaboración de los amigos de **Cámara Cívica**.

ACERCA DE BEERS&POLITICS

Los Beers&Politics nacieron el 30 de mayo de 2008, cuando Juan Víctor Izquierdo y Xavier Peytibi, después de conocerse en un seminario en Madrid, quisieron quedar en su ciudad, Barcelona, y en su barrio, Gràcia. Y ya que estaban, pensaron en llamar a más gente para tomar unas cervezas, especialmente a bloggers que seguían y que, como ellos, hablaban de comunicación política. De broma, surgió el nombre: Beers&Politics, que ya se quedó.

Desde 2010 se empezaron a celebrar encuentros en ciudades de todo el mundo, cuando gente interesante pidió hacerlo en sus bares favoritos. Hoy, se celebran en 70 ciudades.

Como "se aburrían", se crearon diferentes proyectos para dar a conocer la comunicación política y la política, como la web de discursos, y varias revistas, monográficos, listados de películas y libros, centenares de artículos sobre política y compol, y otros 26 proyectos, en una web que ha llegado a alcanzar 35.000 visitas mensuales.

Entre todos esos proyectos, esta humilde editorial propia, que empezó lanzando 30 libros clásicos gratuitos libres de derechos a finales de 2017, y esta colección de libros cortos para dar a conocer temas interesantes (desde finales de 2019), y que coordina Xavier Peytibi, con portadas de Àlex Comes.

ACERCA DE CÁMARA CÍVICA

Cámara Cívica es una entidad de economía social especializada en acercar la política a la ciudadanía mediante la divulgación, la educación y la comunicación política. Publicamos en nuestra web artículos sobre política en todas su formas de forma amena y accesible. Para ello utilizamos elementos del imaginario colectivo y la cultura pop: cine, series, videojuegos, literatura, memes… La política no tiene por qué ser aburrida. Todos los artículos de nuestra web son rigurosos: sus autores vienen de las Ciencias Sociales y otros ámbitos y basan sus argumentos en datos, teorías y referencias.

OTROS NÚMEROS DE LA COLECCIÓN

1. **Seis historias que explican la victoria de Donald Trump**. XAVIER PEYTIBI
2. **La decoración de la Casa Blanca por Jacqueline Kennedy**. ANA POLO
3. **El consumo como forma de participación política**. ANDREA DE LA MANO
4. **La geopolítica en la reconquista de la Luna**. SONIA LLORET
5. **Facebook como arma política. Orígenes, técnicas y ejemplos**. GABRIEL NAVALES
6. **El caso de 'las madres de la Diabetes'. De petición online a ley**. RODRIGO DE CASAS y GONZALO INCHAUSPE
7. **La campaña de contraste digital: la nueva arena de batalla electoral**. ANDRÉS ELÍAS
8. **Los recursos naturales en África subsahariana: ¿maldición o solución?.** DANIEL RUIZ TRINIDAD
9. **Deliberación y participación para una América Latina inclusiva**. WILSON SANDOVAL
10. **Dos intentos de toma del poder: del 23F al alzamiento turco de 2016**. ALBERTO TÍSCAR
11. **La comunicación de Tabaré Vázquez en Uruguay (2005-2010).** MARCEL LHERMITTE
12. **Comunicación política en Instagram: Ada Colau, Joan Ribó y Manuela Carmena**. JORDI VELERT
13. **Conocimiento libre y construcción colectiva de la sociedad**. RAMÓN RAMÓN
14. **Primavera árabe: sorpresa, esperanza, contagio y desilusión**. ADRIÁN PÉREZ PÉREZ
15. **Donald Trump y los medios de comunicación: una relación de amor-odio**. GERMÁN ZAMBRANA

16. **Una revisión crítica de *Surveiller et Punir* y la concepción del poder en Michel Foucault**. YESURÚN MORENO
17. **El futuro en llamas: Greta Thunberg y *Fridays for Future***. SÍLVIA DÍAZ PÉREZ
18. **La identidad nacional española en Andalucía**. DANIEL VALDIVIA ALONSO
19. **Una introducción al modelo gnóstico de Eric Voegelin: entre la omnipotencia y el feminismo**. ÁLVARO NARVA GIL
20. **El camino hacia el imperio: el tránsito de la República al Principado romano**. PABLO GEA CONGOSTO
21. **Afganistán en guerra (1978-2021). El descenso a la oscuridad**. MIGUEL CANDELAS